



Un enigma de la historia antártica: El descubrimiento de las islas Shetland del Sur

Jorge Berguño

Una versión anterior de este ensayo apareció en el Boletín del Instituto Antártico Chileno. En ella se indicaba que ningún nombre evocaba en la Antártida a Gabriel de Castilla. Afortunadamente esto ya no es exacto: un refugio que usan las expediciones españolas ha sido bautizado con el nombre ilustre del primer navegante antártico. En este trabajo se publica por primera vez la pieza documental más importante sobre la navegación austral de una flotilla española en el año 1603, obtenida gracias al empeño de mi distinguido amigo, el embajador Francisco Utray, en el Archivo Real de Holanda.

LA EXPANSIÓN HOLANDESA

La derrota de la Gran Armada española, las incursiones de Hawkins y de Drake habían asestado fuertes golpes a la supremacía marítima de España. Sin embargo, el relevo no iba a corresponder a la Inglaterra de los Estuardos, adormecida sobre sus laureles, sino a una pequeña, agresiva y descentralizada república que, junto con contemplar su emancipación de España, iba a plantear el mayor desafío al monopolio hispano de los mares y del comercio con las Indias. Usurpando la posición de una Liga Hanseática en decadencia en el Mar Báltico, los holandeses lograron casi eliminar la concurrencia inglesa y apropiarse monopólicamente de las maderas del Báltico y de otros productos esenciales para la construcción naval. Con naves construidas a un tercio del costo de las Inglesas y tasas moderadas de interés que les permitían capitalizar sus empresas, los Países Bajos obtuvieron rápidamente el control de los mares septentrionales. El paso siguiente sería la adquisición de bases terrestres estratégicas en ambos hemisferios y la presencia en los mares meridionales donde se jugaba la suerte de todas las grandes aventuras coloniales⁽¹⁵⁹⁾.

En 1570, el tonelaje total de la flota mercante holandesa era aproximadamente equivalente al de las marinas mercantes de España y de Portugal combinadas. Durante la mayor parte del siglo siguiente, el volumen físico de las flotas holandesas eran tan

grande como el que alcanzarían los británicos en el siglo XVIII. En 1600, alrededor de un millar de navíos mercantes eran holandeses o controlados por intereses de los Países Bajos, lo que les aseguraba el control del transporte comercial en Europa. Pero la razón profunda de esta supremacía no radicaba únicamente en factores [130] cuantitativos, ni en una excelente organización bancaria y mercantil, sino en los progresos técnicos alcanzados en la construcción naval⁽¹⁶⁰⁾.

Después de 1590, ni España, ni Inglaterra, ni Francia realizaron cambios importantes en el diseño de sus naves. Los holandeses, en cambio, experimentaban constantemente y sus nuevos modelos, el transporte conocido como «bus», la pinaza o «jacht» y las «fluyts» o naves de fondo plano iban a penetrar, más allá del Atlántico y del Índico, en pleno Mar del Sur. Pero las sucesivas expediciones holandesas no buscaban únicamente un paso libre a las islas de la especiería, sino la consolidación definitiva de un poder naval y comercial y, lo que es más significativo para nuestro estudio, el asentamiento territorial en las regiones australes. Con razón, el fraile agustino Miguel de Aguirre prevenía al Rey de España que los Países Bajos aspiraban al dominio sobre la Tierra Austral, invocando las exhortaciones contenidas en el párrafo final de las Adiciones de Hondius a las Tablas de Mercator, dadas a luz en 1638 en Amsterdam:

«Por tanto, debe excitarse y conmoverse el valor e industrias de las Repúblicas Cristianas a emprender estas gloriosísimas conquistas de la Parte Austral, de cuyas empresas sacaron siempre colmados frutos y renombre de fama y gloria inmortal, y no hay para que les acobarde dificultad alguna, por grande que sea, pues las ventajas conocidas de su ganancia relevarán las arduidades y afanes de empleo. Mayores emolumentos sacarán de *esta parte Austral, después del Estrecho, que las que han buscado en Septentrión*»⁽¹⁶¹⁾.

Es preciso retener que la Tierra Austral, como concepción cartográfica, era una creación eminentemente holandesa. Por tanto, en la visión de sus exploradores, marinos, comerciantes y guerreros, que aspiraban a dominar en el Océano Pacífico, como culminación de una expansión marítima en los demás océanos del mundo, la existencia de tierras meridionales aún no descubiertas ni subyugadas por ningún príncipe cristiano constituía un factor significativo.

Durante el siglo XVI y la mayor parte de la centuria siguiente, existirá una gran identidad entre los intereses de los Estados europeos, guiados [131] por una política mercantilista y colonizadora, y los grandes negociantes y banqueros. Las Provincias Unidas llevan este ideal de identificación de los intereses públicos y privados a un nivel inalcanzable para los Estados nacionales más antiguos, como España, Inglaterra y Francia, que por tradición y doctrina tienden a separar ambos aspectos. Si esta conjunción de la banca, las compañías de seguros, las compañías mercantiles y los armadores de naves, ha producido un extraordinario crecimiento económico, no es menos importante la acción multiplicadora de los factores espirituales e intelectuales, especialmente de la religión, la imprenta y la ciencia puesta al servicio de fines eminentemente pragmáticos.

Un ejemplo destacado de esta mancomunidad es la forma liberal en que los navegantes holandeses eran provistos de las cartas más modernas, producidas por los cartógrafos oficiales de la Compañía Unida de las Indias Orientales (Petrus Planclus, Hessel Gherritsz y Willem Jansz Blaeu, en orden sucesivo) con la sola condición de devolverlas, una vez usadas con las correcciones que sus observaciones dictaban. Este proceso de revisión se efectuaba también en Batavia, desde donde se enviaban informes

y mapas, que alimentaban esta especie de cuartel general central que constituían las oficinas y los talleres de los cartógrafos de las grandes compañías⁽¹⁶²⁾.

Holanda buscaba, en primer término, disminuir la presión que los Tercios de España ejercían en Flandes, en forma que el ataque contra las posesiones americanas del Imperio venía a representar una obvia maniobra de diversión. Sin embargo, en la medida en que las primeras incursiones fueron mostrando flancos débiles en las defensas hispanas y, sobre todo, después que los holandeses hubiesen consolidado una presencia en la fachada atlántica, instalándose en Pernambuco, el imperativo de dominar la ruta austral apareció como fundamental.

Cuando llegan por primera vez a la costa chilena, cruzando el estrecho de Magallanes, las escuadras holandesas, los Países Bajos luchaban desde hacía muchos años contra la dominación española. Las expediciones depredatorias contra las posesiones de España fueron una prolongación allende los mares de la guerra de la independencia holandesa; no obstante, también tuvieron el carácter de empresas coloniales y formaron parte del poderoso movimiento de expansión imperialista generado por la burguesía ascendente de las ciudades de Flandes, dotadas de capitales, conocimientos tecnológicos y un poder naval que momentáneamente iba a superar a las armadas tradicionales de España, Inglaterra y Francia.

Por este motivo, señala Ives Javet, que las expediciones holandesas de este período tuvieron un carácter mixto de empresas coloniales y de corso contra posesiones enemigas que se encontraban en precario estado de defensa, así como de empresas mercantiles; el objetivo estratégico estaba constituido por las costas occidentales de la América Española, mientras [132] que la finalidad comercial se concentraba en las Molucas, codiciadas por todas las potencias europeas de la época. La finalidad de descubrir nuevas tierras, incluyendo el continente austral, sólo emerge más tarde y no aparece en forma conspicua, salvo en la expedición de Jacob Le Maire. Pero la posibilidad de un asentimiento territorial ha debido ser contemplada desde el inicio del asalto holandés contra el Imperio Español, como complemento en la Mar del Sur de sus establecimientos en la costa atlántica de América⁽¹⁶³⁾.

Las primeras expediciones holandesas hacia las islas de la Especiería habían seguido la «ruta de los portugueses», doblando el cabo de Buena Esperanza, cuyo secreto fue arrancado a los lusitanos por el viaje pionero de Cornelis Houtman hacia aquella región. Entre 1597 y 1600 se crearon en los Países Bajos varias compañías para el comercio con el Oriente, dos de las cuales eligieron la ruta del estrecho de Magallanes. La primera escuadra holandesa que eligió el paso austral fue la de Simon de Cordes, seguida en breve plazo por la de Olivier van Noort, apodado «El Tabernero» por los españoles. Las dos armadas zarparon en 1598 con el objetivo que hemos descrito, esto es, recorrer las costas de América para saquearlas y contrabandear con los naturales, para proseguir en dirección al Asia, donde encontrarían las especies y otros valiosos productos.

La escuadra que llegó a Chile en 1599-1600, bajo el mando de Simon de Cordes, constaba inicialmente de cinco navíos armados por algunos comerciantes de Rotterdam que constituían la Compañía de Pieter Verhagen. Las naves eran la *Esperanza*, de 500 toneladas, con 28 piezas de artillería y 130 hombres de tripulación; el *Amor*, que desplazaba 300 toneladas, armado con 26 piezas de artillería y 110 hombres a bordo; la *Fe*, de 320 toneladas, 109 hombres y 20 cañones; la *Fidelidad*, de 220 toneladas,

armada con 18 piezas de artillería y tripulado por 86 hombres, y, finalmente, el *Ciervo Volante*, al cual otras relaciones llaman *Buena Nueva*, con 150 toneladas, 16 cañones y 112 hombres de tripulación⁽¹⁶⁴⁾. [133]

En el curso del viaje se produjeron varios cambios en los mandos de las naves. La nave capitana, la *Esperanza*, era comandada por Jacobo Mahu, uno de los socios mercantiles de la expedición, pero al producirse su fallecimiento frente a la costa africana, el consejo de capitanes, solemnemente reunido e impuesto de las instrucciones de los directores de la compañía, procedió a reconocer a Simón de Cordes como almirante, a Van Beuningen como vicealmirante, y a distribuir nuevamente los comandantes en los buques, en forma que Sebald van Weert pasaría de la *Fidelidad* a la *Fe*, siendo reemplazado en la embarcación menor de la flotilla por Dirck Gherritsz⁽¹⁶⁵⁾.

Después de saquear las colonias portuguesas de África, llegaron los holandeses a la boca del estrecho el 6 de abril de 1599 anclando al atardecer de ese día ante la más pequeña de las dos islas de los Pingüinos, en la actual angostura de San Simón, a 14 leguas de la boca. Desconocedores de la climatología y geografía del estrecho, habían reunido la información cartográfica existente a la fecha y habían incluido en sus dotaciones a varios pilotos ingleses, algunos de los cuales habían acompañado a Drake y a Cavendish en sus correrías. Con todo y a pesar de la voluntad implacable de Simon de Cordes, innumerables padecimientos los esperaban en esta desolada parte de la América Meridional y terminarían por quebrantar a los expedicionarios.

El 13 de abril penetraron los hombres de Simon de Cordes en la bahía que sus predecesores ingleses habían bautizado con el nombre de las Almejas, [134] por la abundancia de dichos moluscos. Navegaron después por una bahía espaciosa, bautizada por ellos como Bahía Verde o de Cordes, donde hallaron tres islitas, árboles semejantes al laurel, almejas grandes, ánades y patos. Cometió allí el error, el almirante Cordes, de demorar la marcha, a fin de aprovisionarse de agua y leña, y construir una chalupa, con lo cual perdió la oportunidad de aprovechar los vientos del este y del noroeste que soplaron varios días, viéndose contenido después por fuertes vientos contrarios que paralizaron a su flota hasta el 23 de agosto, entrada ya la estación invernal.

En el ciclo de penalidades que comenzó entonces, los corsarios perdieron más de cien hombres, incluyendo al capitán de la *Fidelidad*, Juriaen van Bockolt, a quien sucedió Baltazar de Cordes, hermano del almirante. Se sucedían violentísimas tempestades, debiendo las naves garrar sobre cuatro anclas, de tal manera que las tripulaciones estaban en constante movimiento y les costaba bastante mantenerse. El hambre les hostigaba tanto como el frío, la lluvia, la nieve y el granizo. Mermado el ánimo de los hombres, fue inmensamente difícil para sus jefes imponerles una mínima disciplina. Recurrió Cordes al auxilio del Pastor, realizando el religioso un oficio público de gracias por haberles conservado la vida y pedir al Señor su ayuda para el porvenir.

Para hacer perdurar la memoria de los sufrimientos, la muerte de sus compañeros y enaltecer la gloria de su hazaña, discursó Cordes la idea de establecer una especie de cofradía, la Orden del León Desencadenado. En una ceremonia en tierra y en la parte oriental del estrecho, que denominaron la Bahía de los Caballeros, fueron admitidos a la Orden los seis principales oficiales de la flota y pronunciaron el siguiente juramento: «se comprometieron todos -dice la crónica holandesa- a no consentir jamás nada que fuera contra su honor, cualesquiera que fuesen los peligros, calamidades o temor de

muerte en que pudieren hallarse: ni a que nada pudiese tornar en desventaja de su patria, o perjudicar al viaje que habían comenzado, y que esperaban terminar. Protestaron de exponer libremente su vida contra los enemigos de su nación, y de hacer todos los esfuerzos para llevar y hacer triunfar las armas de los holandeses, en los países en donde el Rey de España sacaba los tesoros que empleaba desde hacía tanto tiempo para hacer la guerra a los Países Bajos, y para oprimirlos»⁽¹⁶⁶⁾.

La placa conmemorativa fue pronto destruida por los fueguinos y el intento de Sebald van Weert por recuperarla para trasladarla a un lugar más seguro que prosperó por el ataque de los indios. Con este último enfrentamiento culminó una relación de hostilidad latente, que había contribuido también a minar la moral de los holandeses en el estrecho. Con todo, los combates con los indígenas no habían concluido, pues otros choques se producirían a la salida del estrecho, donde los tripulantes de la [135] nave de Van Weert vivirían su propia espeluznante experiencia, separados del resto de la flota por los tempestuosos vientos del Pacífico.

La *Fidelidad* de Baltazar de Cordes y la *Fe* de Sebald van Weert se hallaban el 17 de septiembre a los 54 grados y medio de latitud, al sur de la boca occidental del estrecho, mientras el *Amor*, la *Esperanza* y la pinaza construida en el estrecho se desplazaban al norte hacia la isla Santa María y el pequeño *Ciervo Volante* era arrastrado por una tremenda tempestad hacia las latitudes australes. La separación de las naves marca el instante en que el desencuentro se convierte en leyenda y surge la tesis del descubrimiento de la Antártida por la nave de Dirck Gherritsz. Como veremos más adelante, sin fundamento alguno, pues los hombres de Gherritsz no hacían sino repetir la experiencia alucinante del «acabamiento de tierra» que vieron antes que ellos los tripulantes de la *San Lesmes* de Hoces en 1526, del *San Jerónimo* de Gallego en 1553, del *Golden Hind* de Drake en 1578 y del *San Francisco* de Lamero en 1579.

La *Fidelidad* y la *Fe* se vieron forzadas a buscar nuevamente refugio en el interior del estrecho, extraviándose en el laberinto de islas e islotes de la región occidental del paso transoceánico. Acabaron por separarse y la *Fe* de Van Weert logró abrirse paso en el mes de diciembre, por lo que su capitán creyó preferible, a esas alturas del año, emprender el regreso a Europa por el Atlántico. En su tornaviaje, la nave holandesa descubrió unas islas situadas en los 50 grados 40' latitud Sur, que los cartógrafos holandeses se apresuraron a bautizar como «Islas Sebaldinas» y que cabe identificar con las islas Jasón de la parte noroccidental del archipiélago de las Malvinas. El regreso fue tan penoso como la decisión de emprenderlo, adoptada después de haber intentado infructuosamente encontrar al buque de Baltazar de Cordes y de haberse cruzado en el trayecto con la escuadra de Olivier van Noort. Cuando llegaron a Holanda murió el 69º hombre de la tripulación, quedando únicamente 36 sobrevivientes para relatar la historia de veinticinco meses de sufrimiento, que habían puesto de relieve el indomable temple de los marinos holandeses.

¿Qué habían ocurrido a las naves que lograron pasar al Pacífico?

El *Amor*, del vicealmirante Van Beuningen, fue el primero de la escuadra que llegó a la isla Santa María, el 4 de noviembre, para esperar allí, tal como lo había dispuesto el jefe de la expedición, a los demás buques de la flota. Pocos días antes, la nave se había detenido en la isla Mocha, con trágica suerte, pues el vicealmirante y 26 hombres que bajaron a tierra fueron masacrados por los isleños.

La *Esperanza* de Simon de Cordes, después de permanecer 28 días en los Chonos, donde los indios les prestaron ayuda y alimentos, remontó hacia la costa de Arauco. Engañados por los araucanos, los holandeses hicieron un desembarco en la punta Lavapié de la ensenada de Arauco y aquellos indígenas, creyéndoles españoles, dieron muerte en una celada a veintitrés tripulantes.

Mientras el *Amor* se perdía en la inmensidad del Pacífico, la *Esperanza* llegaba por fin a las playas del Japón, donde todos sus tripulantes [136] sobrevivientes fueron internados y, en forma inesperada, comenzó a brillar la estrella de una carrera prodigiosa: la del piloto inglés Will Adams, que se convertiría en gran personaje de la corte nipona⁽¹⁶⁷⁾.

La más extraordinaria aventura iba a ser vivida por los hombres de la *Fidelidad*. Cuando navegaban perdidos en los canales de Chiloé, luchando contra arremolinadas corrientes, los isleños de la península de Lacuy les ofrecieron llevarles a un puerto de los españoles. Precedido de una escuadra de embarcaciones indígenas, se presentó Baltazar de Cordes frente a Castro intimando rendición. Tomó posesión de la isla en nombre de los Países Bajos, fortificó la población con una guarnición de sus hombres y unos setecientos indígenas armados de picas.

Su gloria fue de corta duración, pues un destacamento de 150 soldados, enviados desde Osorno al mando del coronel Francisco del Campo y del capitán Luis Pérez de Vargas, derrotó a los corsarios y a sus aliados indígenas, cometiendo después tantas o mayores tropelías que las ya realizadas por los holandeses. Don Baltazar logró a duras penas alcanzar su buque y luego de consumir una peligrosa navegación, llegar a la isla Tidore, donde los portugueses confiscaron su nave y le enviaron cargado de cadenas a las cárceles de Malaca.

El *Ciervo Volante* no pudo encontrar, en consecuencia, a las demás naves, que habían seguido tan distintos derroteros. Tampoco pudo hallar la isla Santa María, de lo cual culparon a los autores de las cartas de Cavendish, y, frustrados en su empeño, con la antena y el mástil de proa rotos por las tempestades, entraba el barco en la bahía de Valparaíso el 17 de noviembre de 1599. La patrulla que observaba desde tierra pudo ver que el filibote, por la lentitud de sus maniobras, denotaba en su aparejo un serio descalabro o bien un ardid de guerra de sumo disimulo. Cuando divisaron que el barco echaba bote al agua, se embarcaba en él un oficial con unos cuantos marineros y que, batiendo bandera blanca, pretendían ganar la playa los españoles presintieron una celada. Rompieron el fuego, hiriendo los primeros disparos de arcabuz al capitán Gherritsz en una pierna. Sólo cuando le vieron llegar herido, penosamente sostenido en hombros de los suyos, comprendieron que los extranjeros venían a rendirse, «darse la paz», quedando sólo 23 hombres con vida de los 56 que habían zarpado esperanzados de su patria 16 meses atrás.

La expedición de Cordes había quedado totalmente desbaratada. No obstante, pisándole los talones, venía Olivier El Tabernero, quien iba a [137] asestar un durísimo golpe a las defensas españolas en el Pacífico, demostrando la vulnerabilidad del sistema colonial a los ataques corsarios. Su expedición, organizada por la flamante «Compañía de Magallanes», se proponía atravesar el estrecho, enseñorearse de alguna isla del gran océano y desde allí atacar las escuadras españolas y portuguesas, saqueando de paso las poblaciones costeras e isleñas si no podía comerciar con ellas. Con doscientos cuarenta y ocho hombres bien armados distribuidos en los buques *Mauritius* y *Hendrick*

Fredrick, y en las urcas *Esperanza* y *Concordia*, la segunda oleada invasora era tanto o más amenazadora que la primera.

Las cuatro naves se dieron a la vela desde Gorea el 2 de julio de 1598, haciendo escala en Plymouth, cruzando el Atlántico, pasando por Río de Janeiro, para ir a recalar en la isla Santa Clara (Isla de los Franceses) frente a la costa brasileña. Repuestos ya de los estragos del escorbuto, se aprovisionaron de víveres y desarbolaron una de las urcas, que no estaba en condiciones de resistir el viaje. En esta forma, el 20 de septiembre de 1599 se detenían nuevamente en Puerto Deseado, que había pasado a ser la escala patagónica obligada para los navegantes que se aventuraban en el estrecho. Nuevo descanso, calafateo y reparación de las naves, que surgían el 4 de noviembre en las inmediaciones de cabo Vírgenes.

Soplaban vientos favorables y las estrellas guiaban su ruta. Los nautas hicieron observaciones pintorescas, de carácter antropológico y de historia natural, en que prima el sentimiento de curiosidad sobre el afán de saber y conocer. Su paso por el estrecho quedaría trágicamente marcado por un sangriento episodio, en el cual fueron fáciles víctimas aquellos indios que habían tenido en jaque a la expedición de Cordes. Desde tierra hacían señas a los españoles, que al almirante Van Noort se le antojaron ofensivas y despachó contra ellos una expedición punitiva. Las descargas indiscriminadas de los mosquetes holandeses sobre los indios, sus mujeres y sus niños dejaron escasos sobrevivientes, que fueron a su vez capturados como raros ejemplares de una raza desconocida.

Después de pasar la segunda angostura, bautizaron como Nassau al actual cabo San Vicente. Descendieron en Puerto Hambre, donde examinaron con curiosidad la destruida ciudad del Rey don Felipe, fundada quince años antes por Sarmiento de Gamboa. Anclaron en las bahías de Solano y de Mauricio, penetrando en la de Enrique. En la bahía de Guesen se produjo uno de los incidentes más reveladores de la dura personalidad de Van Noort, cuando ordenó bajar a tierra y abandonar al amotinado comandante del *Hendrick Fredrick*, el capitán Jacob Claasz van Ilpendam. Poco después se cruzaría con Sebald van Weert, separado de la flota de Cordes, al cual no pudo o no quiso auxiliar.

Después de noventa y nueve días en el estrecho, las tres naves ingresaban al Pacífico el 24 de febrero de 1600. Cinco días después, uno de los buques, el *Hendrick Fredrick*, comandado ahora por Pieter Esaiaz de Lint, con un armamento de 17 cañones y la mitad de su dotación inicial de 60 hombres, desaparecía tragado por la fuerza de un vendaval que lo [138] arrastraba vertiginosamente. No había de sucumbir empero frente a las costas de Chile, sino que, eludiendo la persecución de las naves españolas, lograría arribar a la isla desierta de Coiba en agosto de 1600. Allí se reabastecería de agua, frutas y leñas, para iniciar la gran travesía del Pacífico, en la que iba a perderse irremediablemente⁽¹⁶⁸⁾.

El buque insignia *Mauritius*, comandado por Van Noort, fuerte de 70 cañones, y la urca *Concordia*, reducidos ambos a un centenar de tripulantes, eran todo lo que quedaba de la poderosa escuadra holandesa. Las dos naves anclaron en la isla de Santa María, en cuyas cercanías lograron capturar al patache *Buen Jesús* o *Los Picos*, que había sido estacionado allí como «aviso» por la escuadra española de Gabriel de Castilla. En el barquito no halló nada, pero un negro esclavo, después de ser sometido a tormento,

confeso que el capitán Francisco de Ibarra había ordenado arrojar al mar cincuenta y dos cajas llenas de oro, pesando dos arrobas cada una; barras de oro de ocho a doce libras, lo cual daba un total de diez mil cuatrocientas libras de oro.

Los dos navíos holandeses y el patache capturado siguieron un itinerario de sur a norte, con desembarcos fugaces, luchas con los indios araucanos, hasta caer sorpresivamente sobre el resto de la escuadra de Gabriel de Castilla, que se encontraba anclada en la rada de Valparaíso, sin soldados que la defendiesen, pues había desembarcado toda su infantería en Concepción. El Tabernero hizo quemar el galeón *San Jerónimo*, la *Nuestra Señora del Carmen* y otra embarcación de un particular, acuchillando a los escasos españoles que se encontraban a bordo de las naves. Pero la pérdida fue aún mayor, pues tardíamente se impuso que los españoles habían arrojado al fondo profundo del mar un tesoro aún mayor que el transportado por el *Buen Jesús*: barras de plata y de oro por tres millones, seiscientos mil pesos de harina, azúcar y miel, y otras mercaderías valiosas [\(169\)](#).

Como había sabido los aprestos navales del Virrey del Perú, modificó su ruta después de haber remontado la costa hasta Huasco, donde echó a tierra al capitán Ibarra, pero guardó consigo al piloto Juan de Sandoval y a dos negros. Desistió de remontar la costa hasta California, como había sido su plan inicial y tiró rectamente hacia las Molucas. Su crueldad no conocía límites, como lo demuestra la manera en que justifica su orden de arrojar al mar a Sandoval: «El 30 de junio, el general y su Consejo de Guerra sentenciaron al piloto español a ser arrojado al mar porque, comiendo [\[139\]](#) en la cámara y siendo muy bien tratado, se atrevió a decir en presencia de alguno de la tripulación que le habían dado veneno porque se sentía doliente. Tuvo además la imprudencia de sostener semejante impostura delante de los oficiales, y no sólo había pensado escaparse, sino que aconsejaba a los negros y a los muchachos que lo hicieran.» Uno de los negros escapó en una canoa y la crónica dice que «persuadido el general de la ingratitud de estas gentes, mandó se le saltaran los sesos al otro negro».

En Manila, en la rada de Cavite, se trabó el combate entre los navíos holandeses y dos barcos españoles que le salieron al encuentro. Uno de ellos rindió a la *Concordia* e hizo veinticinco prisioneros que después fueron ahorcados. El patache español *San Antonio* abordó al *Mauritius*, pero se incendió, consiguiendo desembarazarse el corsario holandés. Cuando se hundió el *San Antonio* y sus naufragos pedían socorro, eran abatidos por los holandeses. Narra Van Noort: «cuando descubrían la cabeza, les pegaban los holandeses y hundían cuantos podían». Los luctuosos sucesos ocurrieron el 14 de diciembre de 1600, pero todavía le quedaba al Tabernero un largo trecho por recorrer. Derrochando temeridad, astucia y crueldad, saqueando juncos chinos o japoneses, pasando junto a las Islas de Borneo, cruzando el Índico y doblando el cabo de Buena Esperanza, logró Olivier van Noort entrar a Rotterdam el 26 de agosto de 1601, con sólo ocho hombres de tripulación. Se había cumplido la sexta vuelta alrededor del mundo.

EL SECRETO DE LOS FLAMENCOS

Volvamos ahora al tema de lo ocurrido a los corsarios apresados en Chile por el capitán Jerónimo de Molina. Su suerte no fue siempre la misma. Dirck Gherritsz Pomp, alias China, uno de los grandes navegantes holandeses de su tiempo, sufrió una prolongada prisión en Lima, antes que se le permitiese regresar a su patria. De la correspondencia que Gherritsz sostuvo con Oliverio van Noort se desprende que los españoles habían prometido comprarle el *Ciervo Volante* en doce mil ducados y dejarle volver, con su gente, por el camino del Río de la Plata. La promesa no se cumplió o demoró en cumplirse. El contra maestre, el condestable y el carpintero se quedaron en América y retornaron a Holanda en circunstancias diferentes. Un cierto número de marinos holandeses se estableció definitivamente en Chile, Tucumán y Perú, y el Gobernador Alonso de Rivera fue acusado por emplearlos en su servicio. A pesar del latente temor a la infiltración extranjera y de reales órdenes excluyentes de los nacionales de otros reinos, no fueron maltratados por las autoridades coloniales que apreciaban la utilidad de sus conocimientos y oficios⁽¹⁷⁰⁾. [140]

La derrota del *Ciervo Volante*, a partir del momento en que fue perdido de vista por el resto de la escuadrilla, sólo podemos conocerla por las declaraciones de Gherritsz y de sus hombres, formuladas ante la Audiencia de Santiago y, posteriormente, ante las autoridades del puerto del Callao. Rendidos en Valparaíso, fueron retenidos algunos como prisioneros en Chile, mientras que otros fueron despachados por el Corregidor de Valparaíso, con su navío y bajo la custodia del capitán Antonio de Ulloa, a la capital del virreinato para ser interrogados. A su vez, el capitán Gherritsz había hecho una relación de esta etapa de su viaje, en una deposición efectuada en Santiago, que es de gran interés:

«... estando fuera de él [del estrecho] en esta Mar del Sur, les dio una gran tormenta de vientos oestes por la proa, donde el navío, que traía a su cargo este declarante se le quebró el bauprés y el mastelero de proa y con la dicha tormenta se desapareció la capitana, y quedaron las otras cuatro naos juntas, y se tuvieron aquella noche con luminaria para ayudarle a reparar su nao hasta otro día, y entonces, habiendo abonanzado algo las tormentas le enviaron carpinteros, y estando aderezando la nao les dio otra vez la tormenta, y los esparció, y este declarante se quedó solo con su navío, y nunca más pudo ver los otros y tres veces le retiró la tormenta a altura de cincuenta y siete grados, *sin ver ninguna tierra a la parte sur del Estrecho ni en la costa que corre para norte* hasta veinte leguas antes del puerto de esta ciudad de Santiago...»⁽¹⁷¹⁾. [141]

El testimonio de Gherritsz, hecho en español o en portugués, pues había vivido algunos años en Goa, aparece confirmado por las declaraciones prestadas por algunos de los prisioneros holandeses y efectuadas ante un intérprete y un escribano en el Callao⁽¹⁷²⁾. Salvo la latitud, en que Gherritsz sobrepasa en un grado el cálculo hecho por el condestable y en dos la que estima el contra maestre, las relaciones calzan admirablemente. Dadas las circunstancias angustiosas de la tempestad que dispersó la flota de Cordes y dejó al *Ciervo Volante* entregado a su propia suerte, no hay en las deposiciones diferencias de substancia⁽¹⁷³⁾. Los declarantes muestran una perfecta coincidencia en todo lo concerniente a la organización y finalidades de la expedición, al derrotero seguido por su nave a la salida del estrecho de Magallanes, y a los aspectos más fundamentales de su empresa. Por cierto, difieren en materias que por su propia naturaleza se prestan a diversas interpretaciones⁽¹⁷⁴⁾.

La declaración del capitán, no obstante, contiene una aseveración adicional: que desde el momento de su separación del resto de las naves, no [142] vieron ninguna tierra, ni al sur del estrecho ni al norte, hasta muy poco antes de entrar a Valparaíso.

Categoricamente está diciendo que no encontraron tierras desconocidas durante su navegación, que no alcanzó tampoco latitudes antárticas. La afirmación de que no vieron tierras al norte no puede ser interpretada como involucrando un supuesto conocimiento del desconocido cabo de Hornos, pues está referida a la costa chilena. Por otra parte, las declaraciones de los testigos del Callao dejan en claro que los holandeses ignoraban el carácter insular de la Tierra del Fuego.

En efecto, hay que considerar las declaraciones de Dircx y de Claesz en su intencionalidad propia, como informes de inteligencia a los cuales se confiere especial relieve incorporándolos a las instrucciones dispuestas para la gran armada de L'Hermite. Salvo un aspecto anecdótico, como es la identidad de nombres entre el capitán Gherritzs y su medio hermano fallecido, las afirmaciones de Dircx son impecables, detalladas en su narración de las latitudes más australes alcanzadas, de las cuales que les impidieron encontrar la isla Santa María y en todo consistentes con sus declaraciones en el Callao. La declaración de Claesz es bastante más compleja, pues, si se toma integralmente, advertimos que da cuenta de otras navegaciones, se refiere a personalidades coloniales de la época y da cuenta, en forma pormenorizada de características del poder naval, la economía, la construcción de naves, las islas y bahías, las minas y otras factorías, los salarios de los diferentes oficios, a la vez que proporciona una visión geográfica de la costa occidental de América desde el estrecho de Magallanes hasta el istmo de Panamá.

Se encuentran en la relación de Claesz afirmaciones geográficamente incorrectas; otras son dudosas, como las relativas a las Galápagos, que describe como pobladas por una población negroide; pero lo esencial, que es la identificación de los altos funcionarios coloniales como Gabriel de Castilla, el obispo López de Solís y Pedro Ozores de Ulloa, es positiva y enteramente exacto y proporciona una clave más segura acerca de valor probatorio de su información. Puede catalogarse la relación de Claesz con otros informes secretos que los flamencos de América hicieron llegar a sus correligionarios de los Países Bajos y su experiencia en la Armada del Mar del Sur hispana fue tan útil para la planificación del viaje del almirante L'Hermite como los mensajes que, desde Lima, le hizo llegar a la escuadra holandesa atacante en 1624 un compañero de Claesz y de Dircx, el carpintero Adrián Diego (Adrián Rodríguez, según otros)⁽¹⁷⁵⁾. [143]

Por el momento, consideremos que uno de los secretos de los flamencos infiltrados en América fue la navegación de la Armada del Mar del Sur, bajo el mando de Gabriel de Castilla, «hasta los 64 grados donde tuvieron mucha nieve...».

LA RESPUESTA ESPAÑOLA

La información ordenada por el Virrey Velasco, una vez que los prisioneros holandeses llegaron al Callao no fue el único antecedente que tuvieron las autoridades españolas acerca de la incursión de Cordes y de Van Noort. El 23 de diciembre de 1599 llegó al Callao un barco despachado por el gobernador de Chile, que había salido de Concepción el 26 de noviembre, con el capitán Antonio Recio de Soto, quien relató la llegada a la isla Santa María de dos naves corsarias (el *Amor* y la *Esperanza* de la flota de Cordes), añadiendo que había inspeccionado a los navíos, a los cuales halló bien artillados y preparados, pero escasos de tripulación. Por sus conversaciones con los holandeses,

supo Recio de Soto de los mortíferos choques contra los araucanos y de la existencia de una segunda flota holandesa, la de Oliverio El Tabernero.

Después de este aviso y de la deposición de los flamencos, el Virrey convocó un «acuerdo» con «todas las personas más pláticas y de experiencia de las cosas de la mar y de guerra». En el acuerdo de la Junta de Capitanes se decidió enviar dos galeones -la almiranta de la flota y una nave particular que se había aprestado para que sirviese a la Armada- y un patache. Las tres naves, el galeón *San Jerónimo*, la *Nuestra Señora del Carmen* y el *Buen Jesús* (patache conocido también por su apodo *Los Picos*) zarparon el 1 de enero de 1600 al mando del general Gabriel de Castilla y llevando como almirante a don Fernando de Córdoba, con 300 hombres bien pertrechados. Don Gabriel y el almirante Hernando Lamero viajaban en el galeón, don Fernando comandaba la *Nuestra Señora del Carmen* y Francisco de Ibarra a cargo del patache. Sus instrucciones eran navegar la costa de Chile en dirección al estrecho, afrontar a los flamencos si se consideraban superiores, o bien permanecer vigilantes en aquellas aguas hasta marzo, época en que deberían regresar recogiendo en Arica la plata para el Callao. [144]

El resto de la Armada se dirigió, pocos días después, hacia el cabo de San Gallán, situado a 40 leguas a barlovento del Callao, cerca de Pisco, para permanecer apostada allí; debía cerrar el paso a los corsarios si éstos tomaban la costa o se recibía alguna noticia acerca de sus movimientos. Al mando de esta flota iba el general Juan de Velasco y como almirante Pedro Ozores de Ulloa. Acompañaban a Velasco en la nave capitana Miguel Ángel Felipón y el maestro de campo Alonso García Ramón. Componían esta formación cuatro galeones, el *San Pedro* y *San Pablo*, el *San Andrés*, el *San Juan de los Reyes* y la *Nuestra Señora de la Visitación* (la antigua *Dainty* de Hawkins), y una lancha con sus tripulaciones y un complemento de guerra de 600 hombres.

Mientras se producían estas dos salidas, se preparó para la defensa del Callao otro galeón de gran tonelaje, el *San Francisco*, al igual que una galera allí existente. Se alistó gente de guerra de las ocho compañías de infantería, para reforzar el presidio a cargo del almirante Francisco Alderete Maldonado; se convocó a las compañías de caballería y se designó general, a cargo de la defensa del Callao, a Juan de Avendaño.

Don Gabriel navegó en dirección sur, piloteada su escuadra don Hernando Lamero Gallego de Andrada, probablemente el navegante más experimentado de toda la costa del Pacífico. Las primeras noticias le hicieron comprender que, más que las depredaciones holandesas, era necesario combatir la sublevación araucana que había adquirido proporciones aterradoras. Desembarcó 22 soldados en Concepción y prosiguió con sus tripulaciones reducidas a la dotación indispensable para operar las naves. En la isla Santa María dejó estacionado al patache, a fin que vigilase el paso o arribo de los corsarios. Tuvo noticia de la caída y saqueo de Valdivia; exploró la costa patagónica hacia el estrecho y no encontró rastro alguno de los piratas.

Volvió a remontar la costa, pasó junto al fiel Ibarra, que permanecía vigilante con el patache y ancló sus naos en Valparaíso. Ya sabemos que Oliverio van Noort iba a capturar el patache y hundir después las otras naves que se mecían desprevenidas en la rada de Valparaíso. La primera flota había sido totalmente destruida y el Virrey se propuso, luego de conocer los pormenores del desastre, la persecución del pirata hasta las costas de la Nueva España. Encomendó al general Juan de Velasco que, después de

dejar los caudales en Panamá, continuase la Armada su búsqueda del enemigo hasta Acapulco. Desde allí remontó la Armada, sin éxito, hasta la costa de California. Los buques españoles habían cernido toda la ruta desde el estrecho de Magallanes hasta la península de California, sin lograr su objetivo⁽¹⁷⁶⁾. [145]

Al no encontrar a los flamencos, Velasco ordenó el regreso. Cuando la escuadra navegaba entre el puerto de la Natividad y Colima, les cogió un temporal que los derrotó y separó a las naves, perdiéndose para siempre la capitana. Desde Acapulco, la Armada volvió a explorar las costas septentrionales, sin encontrar ni a su comandante, ni a los piratas holandeses que jamás habían llegado a esos parajes. La flota volvió disminuida y frustrada en su afán, pero transportando un contrabando de mercaderías de China para el comercio de Lima, en febrero de 1601⁽¹⁷⁷⁾.

Persiguiendo al huidizo *Hendrick Fredrick* y otros buques fantasmas, que tal vez nunca existieron, los españoles efectuaron continuos desplazamientos en los sucesivos. El puerto de Arica había sido visitado por el buque de Pieter Esaias de Lint, que también se apoderó de un navío, que saqueó y luego abandonó a la altura del cabo de San Francisco. El Virrey envió al almirante Lamero hacia Paita, con tres navíos y una lancha, con el fin de recorrer aquella zona costera y vigilarla ante el eventual regreso de las naves de Panamá. Simultáneamente, partió del Callao el general Gabriel de Castilla con un galeón y tres navíos de particulares, que se habían armado para la emergencia, dirigiéndose al sur y regresando poco después sin ninguna novedad⁽¹⁷⁸⁾.

El Virrey Velasco había sufrido el durísimo revés de ver aniquilada su fuerza naval que mandaba Gabriel de Castilla y, más aún, la pérdida de su sobrino en aguas mexicanas. Adoptó dos medidas importantes para precaver futuros ataques, que revisten cierta importancia para nuestro estudio. La primera fue determinar que, desde los meses de noviembre a marzo, se mantendría Gabriel de Castilla en la costa chilena con dos galeones, pudiendo estas naves unirse al resto de la Armada después para transportar el tesoro a Panamá. La segunda, fue ordenar la construcción de nuevos galeones para restituir la escuadra a su nivel de combate y poder efectuar el patrullaje del Mar del Sur en condiciones apropiadas⁽¹⁷⁹⁾. [146]

La Armada del Sur se renovó con un gran galeón, el *Jesús María*, de 600 toneladas y 30 cañones, y con una reparación tan completa del viejo buque de Hawkins, el *Nuestra Señora de la Visitación*, que casi se hizo de nuevo. Con estas dos naves y el galeón *Nuestra Señora de las Mercedes*, de 400 toneladas, que debió comprarse a un particular, condujo Gabriel de Castilla el tesoro a Panamá en junio de 1602. A finales de ese año, cumpliendo la orden del Virrey, se dirigía a la costa de Chile, para estacionarse en Valparaíso. De allí emprendería, en marzo de 1603, el primer viaje de exploración antártica del cual tenemos prueba documental: la declaración de Laurens Claesz y la información dada por el Virrey a S.M. el Rey, indicando que la escuadrilla de Gabriel de Castilla patrullaría la costa chilena todos los años, desde noviembre a marzo...⁽¹⁸⁰⁾. [147]

UNA TIERRA ALTA COMO NORUEGA

En 1622 se publicó en Amsterdam, en las prensas de Michael Colijn, una versión latina de la *Historia de las Indias Occidentales* de Antonio de Herrera, realizada por Casparus Barlaeus, bajo el título *Novis Orbis sive Descriptio Indiae Occidentalis*. En el siguiente párrafo de un apéndice añadido por Barlaeus bajo el título «De Navigatione instituta per Fretum Magellanicum à Iacobo Mahu et Simone de Cordes, Rotterdamo solventibus quinque navium classe Anno 1598» se dio la primera noticia de un descubrimiento antártico, verdadero o apócrifo, pero suficientemente convincente por los detalles que contenía para influir en la historia de la exploración antártica posterior, en tal forma que muchos navegantes iban a perseguir infructuosamente estas desconocidas tierras polares:

«Liburnica quae Theodorum gerardi vehebat, tempestatum vi versus Austrum propulsa fuit ad gradus 64, in qua altitudine posita ad Australem plagam solum montosum et nivibus portum eminus conspexit, qualis Norvegiae esse solet facies. Versus insulas Solornonis exporrige videbatur hinc Chilam petijt et ab insula S. Mariae, quo locifocios se reperit purabat, aberrans, in portum S. Iacobi de Val Parayso se recipit, et cum humanitatis ac benevolentiae officia omnia negarent indigenae itenere longo confectis vestoribus, et commeatus indigna, in hostium manus se dedit. Non dubium...»^[181].

Como ya sabemos, la única relación auténtica del viaje, que proviene del cirujano Barent-Jansz Potgister no abarca este episodio, producido después de la separación y dispersión de la escuadra de Cordes. En las cartas que William Adams envió a su hogar desde Japón y en las que figuran algunos de los sucesos más importantes de esta navegación, tampoco hay referencia alguna a un descubrimiento antártico. Ahora bien, ni Adams ni Barent podían tener conocimiento de la derrota del *Ciervo Volante*, [148] pero Gherritsz, quien mejor que nadie sabía la verdad de lo acontecido, se abstuvo de hacer declaración alguna a su regreso a Holanda y si realmente escribió, como dice el Tabernero, varias cartas desde su prisión en Lima, tampoco mencionó en ellas ningún descubrimiento antártico^[182].

Por tanto, tomando en consideración el testimonio concordante del propio Gherritsz en Santiago, de Laurens Claesz y Jacob Dirckx en Lima y en Holanda, forzoso es concluir que el *Ciervo Volante* sólo fue arrastrado hasta los 56 o 57° de latitud sur a la salida del estrecho hacia el Pacífico. Sin embargo, en la adición de Barlaeus a la *Historia* de Herrera hay dos referencias, cuya fuente ignoramos, pero que no pueden ser descartadas sin análisis, pues corresponden a una realidad: la latitud de 64° S. y la descripción de «una tierra alta y montañosa, cubierta de nieve, como el país de Noruega». ¿Quién proporcionaría una información tan precisa?

Sin hacer todavía la conexión con el viaje posterior de la escuadra de Gabriel de Castilla, examinemos estos parámetros en abstracto. En todos los anales de las navegaciones australes, no hay una sola mención de un descenso tan profundo, hasta los 64 grados, hasta la gran circunnavegación de Cook a fines del siglo XVIII. De tal manera y por la circunstancia de haberse prestado las declaraciones de Laurens Glaesz y de Jacob Dirckx, no simultáneamente, pero con breve intervalo entre una y otra; y por haber sido reunidas en un expediente único que serviría para preparar las instrucciones para el viaje del almirante L'Hermite, en una época coetánea con la edición de la obra de Herrera por Barlaeus, es muy probable que se hayan confundido ambos relatos. En todo caso, Claesz es el único navegante que conocemos que haya declarado haber alcanzado los 64 grados de latitud Sur^[183]. [149]

Veamos el otro componente. La tierra nevada, alta y montañosa. Si se trata de los hombres del *Ciervo Volante*, ellos habrían podido divisar en el propio estrecho de Magallanes «unas sierras altas de nieve», según el tenor de la declaración de Gherritsz ante el capitán Jerónimo de Molina. Curiosamente, esta descripción no se reitera en los testimonios de los declarantes del Callao, aún al referirse al estrecho, acerca de cuya naturaleza y configuración son interrogados en interesante careo. Por otra parte, Barlaeus no ha tenido, obviamente, conocimiento de la declaración de Gherritsz, pues conociéndola no le habría atribuido la imaginaria gloria de descubridor antártico.

Es tan acentuada la semejanza de la descripción de Barlaeus con el paisaje antártico que el escritor norteamericano Balch ha opinado que «aun cuando no podamos estar jamás seguros del nombre del descubridor, no obstante, parece que debería darse por cierto que alguien avistó algunas de las islas antárticas occidentales antes del año 1622». Dumont d'Urville y la mayor parte de los historiadores antárticos han estimado que se trata de las Shetland del Sur. Tomando en cuenta las características de la tierra descrita y su avanzada latitud, Luis Risopatrón y el historiador noruego Bjarne Aagard han supuesto que pudo tratarse del actual archipiélago Palmer, mientras que Hugh Robert Mill opinó que no debía descartarse la posibilidad de un avistamiento de la Península Antártica⁽¹⁸⁴⁾.

Las opiniones se han dividido entonces acerca de la verdad de lo ocurrido. Siguiendo a Balch, Hunter Christie y Pinochet de la Barra han sugerido que no fue Gherritsz sino Claesz quien navegó en las vecindades del círculo polar, no en una expedición holandesa, sino bajo el mando de un español «partido de la costa de Chile». Este replanteamiento riguroso del problema no suscita dificultades. Pero, la pregunta siguiente es: ¿descubrió la Antártida la flotilla de Gabriel de Castilla?⁽¹⁸⁵⁾. [150]

La verdad estricta es que Claesz no menciona tierra alguna en su deposición y que la documentación española no contiene más elementos de juicio sobre el viaje mismo de 1603, que la información de habersele encomendado la vigilancia de los mares de Chile hasta el estrecho a partir de 1601 y haber efectuado viajes hacia las latitudes australes por dos veces en 1600 y una en 1603. Si esta última es el viaje descubridor, no existiendo razón valedera para dudarlo y coincidiendo tanto la cronología como la intencionalidad de esta navegación con las instrucciones emanadas del Virrey, queda entonces consagrada la exploración antártica descrita por Laurens Claesz. Por su propia experiencia, cuando el *Buena Nueva* fue desplazado hacia el sur del estrecho de Magallanes, Claesz ha podido determinar con bastante exactitud los 64° S. alcanzados por la expedición. Ahora bien, es justamente esta concordancia de los datos conocidos la que genera la impresión de que en el viaje de 1603 no se descubrieron tierras en la Antártida.

Debemos ser prudentes, no obstante, aún para aventurar una conclusión negativa. Es conveniente tener presente que en este reconocimiento de 1603, practicado en el Océano Austral, la Armada del Mar del Sur está primordialmente interesada en conocer la posibilidad de irrupción y eventual asentamiento territorial del enemigo potencial. Si no se descubrían tierras, o si se avistaban islas desiertas, no aptas para ser utilizadas por el adversario, la misión quedaba igualmente cumplida. Al comenzar el siglo XVII ha desaparecido la obsesión de los primeros gobernadores de Chile por la conquista de la Tierra Austral.

Ocasionalmente las consideraciones estratégicas actuaban como catalítico de un impulso descubridor, que los requerimientos de la guerra de Arauco iban a anular reiteradamente. Al desembarcar don García Hurtado de Mendoza, designado Virrey del Perú, en nombre de Dios, resolvió organizar una fuerza expedicionaria, que transportaría por mar a los refuerzos mandados por sus capitanes Pedro Páez de Castillejo y Diego de Peñalosa Briceño. Zarparon entonces Gabriel de Castilla y Hernando Lamero en 1589, abordo del *San Francisco*, con la misión de trasladar las tropas y de efectuar simultáneamente un amplio reconocimiento de la costa meridional del Reino de Chile⁽¹⁸⁶⁾.

No sabemos si Lamero, que volvería a acompañar a don Gabriel a [151] Chile en 1591 y en 1600, también fue de la partida en la expedición de 1603. Pero, la avanzada latitud alcanzada bien puede asociarse con la experiencia del único piloto de la costa occidental americana, que compartía con Drake el secreto de la insularidad de la Tierra del Fuego. Lo que Lamero no había podido realizar por las aprehensiones del timorato almirante Villalobos, estos es, avanzar hacia el ignoto mar que se abría al sur del Cabo de Hornos, tal vez pudo hacerlo bajo el mando de Gabriel de Castilla. Ignoramos si así ocurrió y desconocemos también la derrota de estas naves, pero sí sabemos que Martín Oñez de Loyola, Gobernador de Chile, antes de morir trágicamente en Curalava, había dejado instrucciones para un completo reconocimiento marítimo de Chile por don Gabriel⁽¹⁸⁷⁾.

Hay numerosos indicios en la cartografía de las regiones australes de un presunto descubrimiento antártico español, que podrían o no vincularse a Gabriel de Castilla, particularmente por su asociación con Hernando Lamero y Gallego de Andrade. El más revelador de esos mapas es, sin duda, el del padre Coronelli, dibujado en Venecia en 1696 y dedicado a Pietro Foscarini. En esta carta de gran nitidez, la isla Diego Ramírez está mejor situada que en otras; pero a su costado izquierdo y en el margen inferior, el cartógrafo ha escrito que Hernando Gallego, quien navegó estos mares en 1576 y 1578, por orden de S.M. el Rey de España, refiere que hacia el sur se dejan ver «Islas continuas y dispersas», pero que nadie se ha dado el trabajo de abordarlas. Por muchas razones de tiempo y lugar, es preciso concluir que la referencia a islas situadas muy al sur de Diego Ramírez, proviene de Hernando Lamero y no de Hernán Gallego «El Viejo»⁽¹⁸⁸⁾.

La descripción del cartógrafo se asemeja extraordinariamente a la que proporciona sesenta y cinco años después el Gobernador de Chile, Manuel de Amat y Junyent, en la autorizada *Historia Geográfica e Hidrográfica del Reino de Chile*. Después de enumerar hasta las más australes islas conocidas en el grado 57 de latitud Sur, escribe el cronista: «Y aunque más al sur se dejan ver muchas alturas, pero son despobladas y yermas, [152] por lo que se les da el nombre de islas desiertas y ninguno se ha embarazado en tomarles sus alturas». ¿Serán acaso estas *islas desiertas* del Reino de Chile, situadas al sur del archipiélago Diego Ramírez, las Shetland del Sur o las islas del archipiélago Palmer?⁽¹⁸⁹⁾.

La respuesta no es fácil, pues no existen relaciones conocidas de «viajeros» que hayan denunciado la existencia de tales islarios; ni podemos tampoco inferir que haya sido Claesz quien haya señalado a Barlaeus haber divisado una tierra alta, nevada y montañosa, como la costa de Noruega. Como los navegantes españoles tenían instrucciones permanentes de denunciar descubrimientos de tierras, islas o peligros para

la navegación, se ha concluido que necesariamente debió haber un informe de Gabriel de Castilla, en caso que se hubiesen avistado islas antárticas o subantárticas en 1603.

Tal vez nunca sepamos la verdad. Es un hecho cierto que la instrucción real no se cumplía en muchas oportunidades, como ocurrió en 1579, cuando Hernando Lamero comprobó que la Tierra del Fuego tenía una configuración enteramente diferente a la que los cartógrafos de fines del siglo XVI habían acostumbrado a diseñar. Un descubrimiento que, en la perspectiva de la época, era de mucha mayor trascendencia que el avistamiento de algunas islas desiertas y heladas, como era la presunta insularidad de la Tierra del Fuego, solo fue conocido por el cronista Acosta y pasaron varios años antes que Lamero, atormentado por su hallazgo, se atreviese a escribirle al Rey. Aun entonces, la carta parece haber sido ignorada⁽¹⁹⁰⁾.

Con todo, el pleito Dirck Gherritsz-Gabriel de Castilla tiene una importancia capital para la historia antártica. Simboliza un enfrentamiento de pretendientes a título de descubridores que, por un aciago azar, se [153] repetirá muchas veces en el futuro. Si Gherritsz dejó su huella en la cartografía antártica y sirvió de acicate a la exploración geográfica posterior, Gabriel de Castilla vino a incorporar una dimensión nueva del mundo conocido a los anales de la exploración española. En efecto, la exploración de la Armada del Mar del Sur en 1603 no es sólo el primer descenso hasta una latitud polar, hasta el umbral del Círculo Antártico, sino también el primer viaje de reconocimiento efectuado en ejercicio de una jurisdicción marítima que las armadas del Rey de España hacían efectiva en los confines más apartados de sus dominios⁽¹⁹¹⁾ y ⁽¹⁹²⁾. [154]

APÉNDICE I

DECLARACIÓN DE LAURENS CLAESZ DE AMBERES

Laurens Claesz de Amberes, de aproximadamente cuarenta años, contramaestre jefe del barco de la Compañía de Magallanes llamado *Buena Nueva*, salió, junto con otros barcos, la noche de San Juan de 1598 del puerto de Gorea bajo el [155] almirante Mahu y ha navegado bajo el almirante don Gabriel de Castilla con tres barcos a lo largo de las costas de Chile hacia Valparaíso, y desde allí hacia el estrecho, en el año de 1603; y estuvo en marzo en los 64 grados. Y allí tuvieron mucha nieve. En el siguiente mes de abril regresaron de nuevo a la costa de Chile; ha navegado en 1604 con el señor Obispo de Quito, don Fray Luis López de Solís, de la orden de los agustinos, y con don Pedro Ozores de Ulloa hacia la islas Cognitas (Galápagos): son al menos tres islas: la primera se llama San Nicolás de Tolentino, la segunda Santa Verónica y la tercera San Antonio de Padua, situadas a la altura meridional de 4 grados, a 400 millas de la costa del Perú, según los cálculos de los españoles, y 300 millas españolas según sus cálculos, se encuentran a corta distancia al este y al oeste; de la primera a la segunda isla hay que navegar cuatro horas. En la primera isla hablan el idioma de los peruleros de Lima, en la segunda hablan otro idioma y son de color más negro. En la tercera isla son aún más negros.

La primera isla mide 30 millas de longitud; la segunda 23 o 24 millas y la tercera 40 millas, llenas de bosques. En la primera isla encontraron una madera dura y azul, en la

segunda hallaron un poco de oro de 14 quilates. Laurens Claesz calcula que las islas de Juan Fernández se encuentran tan sólo a 40 millas alemanas de la costa. Tienen buenas posibilidades de anclaje; los del Perú sacan de allí mucha madera para la construcción de barcos y casas; se encuentran allí muchas ovejas, cabras, gallinas, pescado en abundancia, agua buena, mástiles buenos aunque pesados, que siendo muy coriáceos pueden ser utilizados sin cordaje; los del Perú en Virginia efectúan allí mucha pesca; y existe allí una especie de cáñamo, llamado cabuya, con el que fabrican el aparejo. En la isla Santa María hay un trigo bonito, se encuentran allí tan sólo seis españoles, cuatro o cinco negros, y 300 indios tributarios, que son hombres de 18 a 60 años.

Desde la llegada de nuestros navegantes al estrecho de Magallanes, los españoles han sido expulsados dos veces de Valdivia, donde continúan dominando los chilenos y donde existe mucho oro.

Los españoles construyen barcos en Guayaquil, en las islas de Puna y Santa Clara, Taboga, Kuker, Islas de los Leones, que son las islas de los peruleros, cerca de Panamá. De Panamá a San Martín y las nuevas minas hay 40 millas.

De Panamá a la capital de Veragua, llamada Nuestra Señora de Guía, hay 80 millas, a una distancia de dos millas del Mar del Sur, en el Río de los Ostiones.

En el año 1607 había allí en la rada 14 barcos. Crecen allí bonitos cedros, Marías, vicias, robles, mangles. En la madera de la María no se dan los barrenillos; el robleo es una madera de roble bonita y blanca. La María es utilizada debajo del agua, los cedros encima del agua.

De Quito a Pasto hay 50 millas del este al oeste, teniendo que cruzar cuatro ríos peligrosos. De allí a Popayán hay 36 millas. Sin embargo, se cuentan de Quito a Popayán tan sólo 80 millas. Villaviciosa está al sur de Pasto; de Pasto a Cartago hay 16 millas. En el camino que sigue después de Popayán a Cartago, comienza el país de Popayán. De Popayán al Río, donde se encuentran los barcos, [156] hay 30 millas de españolas, y de allí al mar hay 20 millas. La bahía mide media milla. Los árboles mangles tienen madera dura, utilizada para mástiles. En los manglares, pequeñas abejas negras producen una miel blanca y cera amarilla. De Popayán a Perina de Rowies hay 18 millas en la carretera del Nuevo Reino.

Perma llaman a los fríos picos de las montañas.

El río Santiago corre cerca de Cartago y termina en la bahía de San Mateo, y separa el Perú de Popayán. El río Buenaventura termina en la bahía de Gorgona y es también muy grande, pero la de Santiago es más grande. Las salinas de los indios son llamadas Barbacoas, y desde allí hacia Pasto crece el maíz en la costa.

En el patache de don Gabriel de Castilla llamado *Los Picos* se encontraba un millón y medio en oro. En el gran galeón San Jerónimo se encontraban barras de plata por un valor de tres millones, aparte de mucho dinero y muchas mercancías valiosas, entre las cuales seiscientos mil pesos de harina, azúcar y miel, y en procura de éstos Olivier van Noort hizo hundir a ambos.

Los barcos ponen un ancla en la tierra y otra en el mar en la isla de Perico, en ocho brazas de agua; está situada a dos millas de Panamá y a media milla de la tierra firme. Del cabo de los Papagayos a Nicaragua hay tan sólo 12 o 13 millas, y se encuentra en una bahía del Mar del Sur; allí existen tres farallones llamados Los Lobos.

Un carpintero gana en el Perú 4 pesos al día, con las comidas, así como también el herrero, el albañil y el picapedrero; un zapatero y el aprendiz de sastre ganan 12 reales y la comida.

NOTA CRÍTICA SOBRE LA DECLARACIÓN DE CLAESZ

A diferencia del testimonio de Dirckx, la declaración de Claesz no tiene fecha. Dado que el declarante manifiesta haber visto 14 navíos en la bahía de Panamá en 1607, puede deducirse que este documento es posterior, aunque no mucho, a esa fecha.

El historiador Ijzerman identificó las *Islas Cognitas* con las Galápagos, en atención a que no existe ningún otro grupo importante cercano a la costa sudamericana. La latitud, la descripción misma de las islas y la alusión a raza e idiomas de los presuntos pobladores es incorrecta o dudosa.

El historiador Ijzerman identificó las *Islas Cognitas* con las Galápagos, en atención a que no existe ningún otro grupo importante cercano a la costa sudamericana. La latitud, la descripción misma de las islas y la alusión a raza e idiomas de los presuntos pobladores es incorrecta o dudosa.

Sin embargo, la información no difiere de la que proporcionan los descubridores, cronistas como Cieza de León y Sarmiento de Gamboa, y el filibustero Edward Davis que visitó este archipiélago varios años después de Claesz. La presencia de Ozores de Ulloa en esta expedición armoniza con sus funciones en la Armada del Sur y la del Obispo de Quito ha podido corresponder a un comprensible afán evangelizador.

La época de la expedición antártica de Gabriel de Castilla coincide cabalmente con el tenor de la instrucción del Virrey Velasco y revela, además, un buen conocimiento de las limitantes climáticas para la navegación austral.

La única frase descriptiva es que «... allí tuvieron mucha nieve». Tal como la ha señalado José Miguel Barros («El Descubrimiento de la Antártica, etc.», p. [157] 221) la frase «aldaer hadden zij veel sneeus» significa que la nieve no estaba allí, sino que la recibieron, como se recibe la lluvia o el granizo. No puede, por tanto, deducirse ninguna referencia al «pack-ice» u otras condiciones antárticas que no se desprenden del texto mismo de Claesz.

Tampoco hay ninguna referencia a tempestades, vendavales o corrientes que hubiesen desviado a los barcos de su derrota.

La latitud, la más austral alcanzada por navegante alguno a esa fecha, ha sido estimada por un marino que calculó conservadoramente en 56 grados la deriva de su capitán

Gherritsz. Tomando en cuenta el radio bastante amplio de esta expedición, que Claesz describe en 3 hitos: Valparaíso, el estrecho y los 64 grados, se trata incuestionablemente de la más importante exploración hacia el sur hasta el periplo de James Cook.

Claesz no afirma haber navegado hasta Juan Fernández, pero su descripción es fundamentalmente correcta. La de la isla Santa María parece corresponder a un testigo presencial.

Los datos acerca de la industria de construcción naval son fundamentalmente exactos. En la época de Claesz, Guayaquil, que nombra en primer lugar, era indiscutiblemente ya el primer centro; pero, además de las islas de los peruleros cercanas a Panamá, existían astilleros más al norte, en Centroamérica y más al Sur, en Chile, que Laurens Claesz no menciona.

Ijzerman ha realizado una prolija labor para restituir al texto su racionalidad geográfica y nosotros hemos completado algunas denominaciones, subsistiendo otras como la Perna de *Rowies* que no resulta fácil ubicar en la cartografía de la época. Es significativo que el grueso de la información de Claesz versa sobre la región de Popayán, dejando la impresión que vivió o traficó más duramente su período americano en ese sector.

Los antecedentes que da Claesz sobre el hundimiento del patache *Los Picos* y del galeón *San Jerónimo*, de la escuadra de Gabriel de Castilla, así como del tesoro que se encontraba a bordo en estas naves, concuerdan totalmente con los proporcionados por el Virrey Velasco, otras autoridades coloniales españolas y el propio Oliverio van Noort.

Es interesante la referencia a los salarios devengados por los diferentes oficios, así como a la mención de la ocupación de Valdivia, en dos oportunidades por los holandeses. La referencia a los chilenos, en este contexto, debe entenderse hecha a los aborígenes americanos.

La mención detallada de los distintos tipos de madera utilizados en la construcción de naves interesó particularmente a Ijzerman que anotó prolijamente las equivalencias, nombres científicos y características que pudo derivar de la obra *Botany of H.M.S. Herald 1852-1857*.

APÉNDICE II

GENEALOGÍA DE GABRIEL DE CASTILLA

- I. El Rey *Pedro I de Castilla* contrajo tres matrimonios, con doña *Marta de Padilla*, con la *Reina Blanca de Borbón* y con doña *Juana de Castro Ponce de León*. De tercer enlace nació:
- II. El Infante *Don Juan de Castilla*, designado heredero de la Corona en caso de fallecimiento de los hijos del primer matrimonio, pero hecho prisionero [158] por su tío el Rey Enrique II, como garantía de la paz con el Duque de Lancaster. Contrajo matrimonio con doña *Elvira de Eril y Falces* y tuvieron dos hijos, el

mayor de los cuales fue:

- III. *Pedro de Castilla*, Obispo de Osma y de Palencia, quien tuvo en *María Fernández Bernal* varios hijos, el mayor de los cuales fue:
- IV. *Sancho de Castilla*, primer Señor de Herrera y ayo del Príncipe don Juan. Casó con *Beatriz de Mendoza y Enríquez*, hija de Juan Hurtado de Mendoza y Ruiz, el Bueno y de Inés Enríquez, hija del Primer Almirante de Castilla, hijo de ambos fue:
- V. *Diego de Castilla*, Señor de Gor, que casó con doña *Beatriz de Mendoza*, Dama de la Reina Isabel la Católica, hija del primer Duque del Infantado Diego Hurtado de Mendoza y Suárez de Figueroa y de Isabel Enríquez de Noroña. Fruto de esta unión fue:
- VI. *Sancho de Castilla*, Señor de Gor, quien casó tres veces, con doña Margarita Manrique, con doña Ana de Cárdenas -natural de Madrid y Dama de la Reina de Francia- y con doña Ana de Cepeda. De la primera unión tuvo a Diego de Castilla, Señor de Gor y de la segunda a:
- VII. *Alonso de Castilla y Cárdenas*, natural de Palencia, caballero de la Orden de Alcántara en 1542 y de la Orden de Santiago en 1577. Casó con Leonor de la Mata y fue padre, entre otros, de:
- VIII. *Gabriel de Castilla*, natural de Palencia, Maestre de Campo y cuartel general en la guerra de Arauco, General del Callao, Teniente de Gobernador en el Virreinato del Perú, quien casó con *Genoveva de Espinosa y Lugo de Villasante*, con la cual tuvo como descendencia a los siguientes:
 - Diego de Castilla, b. 20-III-1606.
 - Lorenzo de Castilla, b. 8-X-1609.
 - Isabel de Castilla, b. 14-II-1610.
 - Ana de Castilla, b. 26-VII-1611.
 - María de Castilla, b. 3-II-1613.
 - Jusepe Lázaro de Castilla, b. 18-V-1620. [159]

△▽

Notas

[161]

△▽

Octava conferencia de la Asociación de Historia del Pacífico

Guam, 4-7 de diciembre de 1990

El escenario escogido para esta reunión fue la bella isla de Guam, en el Archipiélago de las Marianas, cuyo nombre tiene una amplia resonancia en la Historia del Pacífico español. Primera tierra descubierta por la expedición de Magallanes y Elcano, fue también, durante más de doscientos años, punto de escala obligado de los galeones que cubrían el trayecto entre Acapulco y Manila.

Pese a todos los avatares históricos, la huella hispánica es perfectamente visible, no sólo por el profundo arraigo de la religión católica, sino por la lengua, las costumbres, la idiosincrasia, e, incluso, la arquitectura, a pesar de que los edificios españoles sufrieron un destrozo terrible en la guerra del Pacífico, y ahora se procura reconstruirlos en su mismo estilo o en el más parecido al que tuvieron antaño. De todas formas para cualquier español una visita a Guam significa volver un poco al pasado, escharbar en las raíces de una historia común que todavía, pese a enormes dificultades, sobrevive. Personalmente, jamás podré olvidar la procesión religiosa que contemplé el 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción, Fiesta Mayor en el Archipiélago, en la que, en algunos momentos, creí que me encontraba en algún pueblo de España.

El discurso inaugural corrió a cargo del historiador P. Francis Hezel, S.J., durante el banquete de apertura del Congreso. Expuso las intenciones y propósitos de la Conferencia, y su satisfacción por haberse logrado que ésta se celebrase en Guam, lugar pequeño en comparación con otras regiones del Pacífico, pero de gran importancia histórica y cultural.

El Gobernador de la isla, José Ada, también pronunció unas palabras, dando la bienvenida a los congresistas, y haciendo hincapié en la necesidad de asociar a Guam con las conmemoraciones del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. A este tenor, al día siguiente, el Gobernador nos recibió en su despacho a los dos españoles asistentes, junto con Mrs. Driver, representante de la Asociación Española de Estudios del Pacífico (AEEP) en Guam, mostrando un extraordinario interés por todo lo que se piensa realizar en 1992, y, también, por la AEEP y sus proyectos y publicaciones.

En otras dos ocasiones hubo también discursos: el del vicepresidente de la Universidad de Guam, Dr. Robert Underwood (en la comida ofrecida por ese organismo), y el del presidente de las islas Cook, Sir James Davis (en el banquete de clausura). [162]

El presidente de la Asociación de Historia del Pacífico, Robert Langdon, tuvo también numerosas intervenciones, y justo es destacar sus referencias a España y su continua cordialidad con los dos españoles. Por cierto que un aspecto muy importante de todas las reuniones fue la magnífica atmósfera de simpatía y franca cooperación que siempre existió entre todos. No cabe duda de que el acogedor ambiente de la isla y su tradicional hospitalidad ayudó mucho a ello.

Aunque el tema central de la Conferencia parecía, según el programa, que versaría principalmente sobre Micronesia, no fue así en realidad, pues se trataron asuntos de todo el Pacífico. Hay que lamentar la ausencia de Filipinas y de México, dos países de estrecha vinculación histórica y cultural con el área. Igualmente el Perú y Chile hubiesen completado debidamente una mejor representación hispanoamericana.

A continuación damos, de forma esquemática, los detalles más importantes de la Conferencia.

Número de participantes por lugares geográficos de origen

Guam, 48; Australia, 28; Saipan, 12; Hawaii, 11; Estados Unidos, 10; Nueva Zelanda, 10; Palaos, 9; Ponapé, 4; Yap, 3; Japón, 3; Cook, 2; Chuuk, 2; Marshall, 1; Alemania, 1; Papúa-Nueva Zelanda, 1; Indonesia, 1; Francia, 1; Bairiki, 1; Fidyí, 1; Samoa, 1; España, 2. Total: 152.

Hasta no tener la lista definitiva no es posible dar un detalle exacto de los participantes. No todos asistieron, pero sí la mayor parte. Además, hay que añadir otros que se agregaron una vez que la Conferencia se había iniciado, y numerosos estudiantes de la Universidad de Guam, cuyos lugares de origen son otras islas de la Micronesia, y las Salomón, Papúa-Nueva Guinea, Tonga, Cook, etc.

TEMAS DE LAS PONENCIAS

Historiografía isleña

1. Estudio de las tradiciones orales para conocer el pasado. Caso de Papúa-Nueva Guinea y Vanuatu.
2. Etnohistoria de las islas Wallis y Futuna, y el valor que se da a la historia oral.
3. Historia de las Marianas antes de la llegada de los españoles. Intentos para estudiarla y comprenderla.
4. Defensa de su propia identidad y de su continuidad histórica de los habitantes del atolón de Enewetak.
5. La devoción católica de los chamorros: la canonización del P. Luis de Sanvitores, jesuita español del siglo XVII que comenzó la evangelización en las Marianas, y la devoción a la Virgen del Camarín (en chamorro: Santa Marian Camalin).
6. Desarrollo moderno de una conciencia histórica en la región del río Sepik en Papúa-Nueva Guinea.
7. Examen crítico de los métodos seguidos por los antropólogos al estudiar las tradiciones de Ponapé.
8. Las deficiencias de las Escuelas Públicas en la enseñanza de la Historia en las Marianas del Norte. [163]

9. Sobre las interpretaciones que acerca de la unidad y diversidad de la Polinesia han dado los historiadores, antropólogos, etc.
10. Crítica del libro de Luelen Bernart sobre la historia de Ponapé y su relación con otras historias sobre el pasado de las islas del Pacífico.
11. Defensa de la historia genealógica como soporte para estudiar el pasado: el caso de las islas Tonga.
12. Sobre los ritos nupciales en Rotuma.
13. Canciones del atolón de Kapingamarangi: sus normas de composición, usos y su importancia como formas de la tradición oral.
14. El arte de la «faiva» en Tonga: manifestación artística que engloba música, poesía y danza.
15. Tradiciones orales en Ponapé.
16. Historiografía sobre los inmigrantes melanesios en Australia, 1847-1990.
17. Crítica sobre la excesiva importancia dada a las fuentes escritas sobre las orales. Necesidad de historias regionales y no solamente locales. Los lazos históricos no escritos entre Yap y Palao.
18. Los intentos de los pueblos indígenas del Pacífico de escribir su propia historia, eliminando el punto de vista de los colonizadores: el caso de Papúa-Nueva Guinea.
19. Las canciones autóctonas de Hawaii. Canciones nacidas de la naturaleza y forma de protesta del pueblo contra el deterioro político, cultural, ecológico, etc., producido en su tierra.
20. Los mitos como variación o invención de la historia en el Pacífico, especialmente en Ponapé.
21. Comentarios y consideraciones sobre algunos escritores, principalmente etnógrafos.
22. Puntos de vista locales y extranjeros sobre el pasado de Micronesia.
23. Dicotomía entre tradiciones orales y documentación escrita en Micronesia.

Preservación frente a Desarrollo

1. Las recientes excavaciones en Gongga Cove, en la bahía de Tumon en Guam, han puesto al descubierto restos humanos de individuos que vivieron entre los años 950 y 1550. Los análisis antropológicos los lleva a cabo la Micronesian Area Research Center, y se ha abierto nueva luz sobre la apariencia física, expectativa de vida, estado de salud

y prácticas funerarias de los antiguos chamorros, lo cual ayudará a comprender mejor su origen y así compararlo con otras poblaciones prehistóricas de Micronesia.

2. El futuro del pasado de Micronesia. El Programa de Preservación Histórica comenzó a trabajar en 1970. Problemas que padece: falta de ayuda financiera, política y legal; falta de personal adecuado, conservación de archivos, etc.
3. El rápido desarrollo de la Commonwealth de Marianas del Norte está produciendo un avance en los recursos culturales, históricos y arqueológicos en Saipan, Rota y Tinian. Se examinan los programas y la legislación encaminados a potenciarlos.
4. Examen de la Bibliografía sobre Australia y el Pacífico que lleva a cabo Alan Ives.
5. El desarrollo de Micronesia pone en peligro la labor de preservación histórica. [164]
6. Desarrollo y preservación de las tradiciones, cultura y estilo de vida en Yap.
7. El museo como guardián de la tradición. Concepto de lo que es o no es tradicional.
8. Esfuerzos nacionales y gubernamentales para preservar la herencia cultural de Samoa.

Nuevos movimientos históricos

1. La inestabilidad política en algunas zonas del Pacífico, especialmente en Palaos, Fidji y Papúa-Nueva Guinea. Se examina la situación en Tonga, donde la oligarquía de avanzada edad se ve amenazada por las jóvenes generaciones. Sin embargo, se concluye que esta situación no es de una aspiración a la democracia, sino más bien el deseo de un gobierno más honrado y limpio, pero todo dentro de la especial idiosincrasia de la historia de Tonga y de otros pueblos del Pacífico.
2. Espectacular desarrollo de una secta religiosa en las islas Cook, reconocida por su gobierno, que se ha extendido a las regiones vecinas, originando un gran debate.
3. Estudio del movimiento religioso Baha'i y su extensión en numerosas sociedades del Pacífico.
4. Análisis de los movimientos prodemocracia en Tonga.
5. La institucionalización política de ciertos cultos religiosos en Papúa-Nueva Guinea, islas Salomón y en la República de Vanuatu.

Perspectivas geopolíticas y regionales

1. Las relaciones de Nueva Zelanda con otras regiones del Pacífico.
2. Los intereses de los Estados Unidos en el Pacífico, según el reciente Informe de Stephen J. Solarz, presidente del Subcomité de Asuntos para Asia y el Pacífico, y sus posibles implicaciones frente a la posición de Australia.
3. La estabilidad y seguridad política en el Pacífico. El peligro de las tensiones raciales en Fidji y de los sentimientos secesionistas en Papúa-Nueva Guinea.
4. Análisis de los cambios políticos y económicos en las Salomón desde su independencia. Comparación con las regiones vecinas.
5. Cambios constitucionales en países del Pacífico, especialmente en Fidji y Papúa-Nueva Guinea.
6. Examen de la actitud de las grandes potencias en el Pacífico: las pruebas nucleares francesas; la política pesquera del Japón; el interés militar de los EEUU en Micronesia; y la situación de los habitantes de Nueva Caledonia, Australia y Papúa-Nueva Guinea. Se hace necesario un mayor respeto a la dignidad humana y a la soberanía regional de los pueblos del Pacífico.
7. Ante el fin de la guerra fría entre los EEUU y la URSS se examina sus posibles implicaciones en el Pacífico, ante lo que parece un nuevo orden político internacional.
8. Desarrollo de las organizaciones laborales en Fidji.
9. Las relaciones de Nueva Zelanda con los pequeños Estados de Oceanía y las posibilidades de una Comunidad del Pacífico. [165]
10. La explotación de fosfatos en Nauru y el futuro de esta nación cuando las reservas se agoten.
11. La importancia estratégica de Micronesia para los EEUU y su futuro.
12. El colonialismo o neocolonialismo australiano en Nauru.

Contactos culturales, históricos y políticos

1. Los supervivientes de los naufragios españoles y sus posibles descendientes en el Pacífico.
2. Interpretaciones sobre Papúa-Nueva Guinea escritas por los europeos a principios de este siglo y su valor como fuentes del pasado del territorio.
3. Concepto antropológico del contacto cultural en el Pacífico.
4. La Sociedad Misionera de Londres en Polinesia en el siglo XIX.

5. Milenarismo en Rapanui (isla de Pascua): el culto religioso dirigido por Angata en 1914.
6. Versiones indígenas y occidentales sobre un mismo suceso: británicos en las Palaos en 1860.
7. Reclamación de la propiedad de un terreno, en manos de los misioneros, por uno de los jefes de Rarotonga.

Imágenes de la mujer en el Pacífico

1. La influencia femenina en Ponapé en el siglo XIX.
2. Perspectivas históricas de las mujeres chamorras.
3. Estatuto actual de las mujeres en Palaos.
4. El papel de la mujer en el desarrollo del atolón de Kiribati.
5. El colonialismo norteamericano y las activistas femeninas en Micronesia.
6. Las relaciones hombre-mujer en Fidji.

Conferencia especial

Sobre el significado que la tierra tiene para el pueblo de Hawaii, como lugar donde viven sus familiares y reposan sus antepasados, es decir, como evocación permanente de su pasada historia.

Ponencias españolas

Florentino Rodao presentó una sobre la actuación española en la Guerra del Pacífico, a través de su política exterior y sus relaciones con el Japón y los Estados Unidos.

La Ponencia de Rafael Rodríguez-Ponga acerca de la influencia del idioma español en la fonología, morfología, sintaxis y vocabulario de la lengua chamorra, aunque figuraba en el programa, no fue leída porque nuestro asociado no pudo asistir a la Conferencia.

Igualmente, la presentada por José Luis Porras sobre los sucesos del primer año de la misión de las islas Marianas, relato basado en un manuscrito de 1669 [166] escrito en

Manila, tampoco se leyó, ya que, aunque enviada por correo con suficiente antelación, no había llegado cuando comenzaron las sesiones.

Esperemos, no obstante, que las tres sean publicadas en la edición de las Actas.

Conclusión

Aunque no hay espacio para una reflexión más profunda, que habrá que dar en otro momento, creemos que los rasgos más significativos de la Conferencia, de acuerdo con el contenido de las Ponencias, fueron los siguientes:

1. Algunos pueblos intentan buscar su propia identidad, tratando de buscarla fuera de los patrones establecidos por la visión histórica europea y americana.
2. Se observó, en general, poca aportación documental de primera mano.
3. Es evidente la agitación política y social en ciertos territorios.
4. Los reproches a la política de las grandes potencias.
5. Excepto en el caso de Australia y Nueva Zelanda, se nota un cierto «separatismo» insular y una falta de colaboración entre los territorios que no creemos pueda beneficiarles. Esto lo hemos observado más de cerca en el caso de Micronesia.

En fin, queda para otro artículo, como antes decíamos, un estudio más detallado, pero, sobre todo, un análisis de la posible aportación hispánica para esclarecer muchos sucesos históricos que permanecen aún desconocidos. La historia del gran océano todavía no ha sido escrita, y nos parece que la Asociación Española de Estudios del Pacífico, con los trabajos ya iniciados por algunos de sus miembros, puede y debe completar el conocimiento histórico de ese área, en beneficio principalmente de sus propios habitantes.

JOSÉ LUIS PORRAS

Diciembre 1990 [167]

△▽

Aproximación a los estudios sobre Japón en España y Portugal

(193)

Portugal en 1543 y España en 1584 fueron las primeras naciones europeas en llegar a Japón. Su interés entonces por Japón fue muy parecido, se les identificó con el mismo nombre «Nambanji» y después de los primeros contactos, la evolución de sus relaciones

y sus conocimientos, hasta la actualidad, ha sido paralela. Por este motivo en este trabajo vamos a tratar conjuntamente ambos países, aunque entre los propios ibéricos nunca se ha sentido esta identidad. Especialmente en el Oriente, los unos han estado a espaldas de los otros. La primera vez que se encontraron españoles y portugueses en el Oriente, en 1527 (en las Molucas, unos tras llegar bordeando el Océano Índico y otros después de cruzar el Océano Pacífico) lucharon entre ellos, y la rivalidad ha continuado después, aunque entre 1580 y 1640 ambos estuvieron unidos políticamente bajo la Unión Ibérica.

Durante el primer período de contactos con Japón, el conocimiento de Japón y de su cultura que alcanzan los ibéricos, durante lo que algunos llaman la «Era Cristiana», tarda en ser igualado. La razón es sencilla: para los misioneros era necesario estudiar el pensamiento cultural y religioso de la población que iban a intentar convertir al catolicismo. Surgieron grandes conocedores de Japón, como João Rodrigues, y los primeros estudios y diccionarios sobre la Lengua portuguesa, de forma que no se volvió a conocer tan profundamente hasta la época Meiji. El intento de convertir a los japoneses al cristianismo fracasó y fue prohibida en el Archipiélago la entrada de españoles, primero, y después de portugueses. Así, Japón inició una nueva etapa en su Historia casi ausente de contactos con el exterior, pero las relaciones también decayeron por la propia evolución interna de las naciones ibéricas. A partir del comienzo del siglo XVII España abandonó sus intenciones expansionistas en Oriente fuera de las Islas Filipinas y se dedicó a su ocupación interior; Portugal, por su parte, en estos mismos años también perdió mucho impulso, tras la llegada de la competencia holandesa en el comercio.

Cuando Japón vuelve a abrirse a los contactos exteriores, las naciones ibéricas mantienen aparentemente las mismas posibilidades para relacionarse con Japón: Macao sigue bajo el dominio portugués y el Archipiélago Filipino bajo el español. El contexto de la situación, no obstante, había cambiado radicalmente. Ya no [168] quedaba nada de la vitalidad de los siglos XVI y XVII, y la política de ambas naciones en la Era Meiji ya no era extender sus posesiones en el Asia Oriental, sino, antes al contrario, defenderlas de las ambiciones de las demás. Macao pierde su antiguo esplendor ante la competencia de su vecina Hong Kong y las autoridades españolas empiezan a temer la pérdida de las Islas Filipinas, tal como había ocurrido con las posesiones en América. En consecuencia, el principal interés de España hacia Japón en el último tercio del siglo XIX no tendrá carácter cultural, sino militar. La Marina de Guerra Japonesa, por ejemplo, será uno de los temas centrales de estudio: los buques de Guerra para proteger Filipinas eran tan pocos que la Marina Japonesa podía derrotar provisionalmente a la española en un ataque sorpresa. Aunque con la llegada de refuerzos desde España se podría vencer a los japoneses en el mar -pensaban las autoridades de Madrid-, antes de llegar más refuerzos los nipones podrían provocar una insurrección entre los tagalos que acabara definitivamente con el dominio español en las Filipinas. Así, estudios sobre la Marina Japonesa fueron constantes y un ejemplo de ello es el estudio de Carlos Íñigo: *La Marina del Japón* (Madrid, 1898). El mismo temor ocurre respecto a la inmigración japonesa en el sur de las Filipinas y en las Islas Carolinas: los japoneses son un peligro potencial para la dominación española y se intenta limitar lo más posible su entrada. La «Unión amarilla» entre tagalos y japoneses era un temor constante en los últimos años del siglo XIX. Aparte de esta preocupación oficial, el desconocimiento hacia Japón es casi absoluto. Durante estos años, los únicos libros que se publican en España sobre el «Imperio del Sol Naciente» serán libros de viajes, normalmente escritos por

diplomáticos y con una gran cantidad de ilustraciones: Enrique Dupuy de Lôme, por ejemplo, escribe *Estudios sobre el Japón* (Madrid, 1895), después de dos años de estancia en Japón. El resto de lo que se conoce de Japón son traducciones de autores europeos.

En 1898 España pierde el dominio del Archipiélago Filipino, las Marianas y las Carolinas. Esta pérdida supone un fuerte revés para las relaciones con Japón, porque desaparece el punto intermedio que justificaba los contactos. Ya no se piensa en mejorar las relaciones con Japón con el fin de beneficiar el estado de las Filipinas. El escaso interés que había en el siglo anterior se reduce aún más y se piensa en Madrid, incluso, en suprimir la Embajada en Japón: «Con una [representación] en el Extremo Oriente es suficiente». Portugal mantiene su presencia en Macao y Timor, pero ello parece más una situación casual que producto de un interés real. En 1926 publica en lengua inglesa C.A. Montalto de Jesús el libro *Historic Macao* (Macao 1926): en él propone, ante la imposibilidad manifiesta de gobernarlo desde Portugal, que sea cedida a la Sociedad de Naciones su administración.

Japón pasa a ser un país excesivamente lejano, tanto geográfica como culturalmente -el Extremo Oriente- para dos naciones que están inmersas en sus problemas internos y cuya mirada al exterior no va más allá de sus colonias en África. Parece que los dos primeros países europeos en llegar al Asia Oriental son también los primeros en salir de ésta. El Exotismo, en consecuencia, será el principal motivo que centra el interés por Japón en España, como el de Enrique Gómez Carrillo: *El Japón heroico y galante* (Madrid 1912?) o de Luis de Oteyza: *En el remoto Cipango, Jornadas Japonesas* (Madrid 1927), y dentro de interés por lo desconocido está una moda de japonésismo entre artistas modernistas españoles, principalmente en Cataluña. El poeta Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez y otros se sienten atraídos por lo poco que se conoce de la cultura oriental, y en revistas culturales como «El Mercurio» o «La España Moderna» se incluyen algunos artículos sobre la cultura japonesa, siempre traducciones de lenguas extranjeras. El conocimiento, [169] no obstante, no trasciende a un nivel más científico y la influencia real de lo oriental sobre los artistas no pasa de lo anecdótico.

El interés por Japón no acaba en la moda modernista; en los primeros años del régimen de Franco, entre 1938 y 1942, hay de nuevo una moda de «japonésismo»: eran los años del Pacto anticomunista con Italia y con Alemania, y en España se veía a Japón como el otro pueblo que luchaba contra la URSS en el otro lado del mundo, en China. Se produjo un sentimiento de identidad entre ambos pueblos: la *caballerosidad*, el *valor*, etc.; prueba de ello es la reedición en 1942 de *El Bushido*, de Nitobe Inazo (1.^a ed. en español en 1909), con un prólogo de uno de los generales más célebres de la España de entonces, Millán Astray. Este sentimiento, no obstante, acaba pronto, e igual que apareció por razones políticas, cuando éstas se volvieron diferentes, la simpatía se trancó inmediatamente en enemistad: el temor al «Peligro Amarillo» se vuelve a desempolvar cuando es necesario entablar amistad con los Estados Unidos al final de la Segunda Guerra Mundial.

No ha faltado, por tanto, interés hacia Japón en España, sino que quizá se ha adolecido de un problema estructural: no ha habido capacidad para recoger el impulso de lo esporádico y convertirlo en permanente, no se ha pasado del interés por el país a poner los medios para que este interés profundice y quede establecido. En definitiva, ha faltado una Universidad o un Instituto o siquiera una personalidad con suficiente fuerza

para impulsarlos, tal como ocurrió con el «Istituto Universitario Orientale» de Nápoles, en Italia. En España no se han podido realizar estudios orientales: la falta de un centro para realizarlos ha reducido el número de gente que quisiera estudiarlo, y al ser tan escaso el interés por el estudio, no ha habido presión para la creación de un centro. No se ha podido romper este círculo vicioso y al faltar un núcleo para el estudio de Japón, este país ha sido conocido, en su mayor parte, a partir de traducciones de libros en lenguas extranjeras. Los viajeros españoles, sin conocimiento del idioma, no han podido hablar sino superficialmente de lo que veían, como el famoso novelista que llegó a Japón poco después del Gran Terremoto de 1923, Vicente Blasco Ibáñez: *La vuelta al mundo de un novelista* (Valencia 1924-25). Además, hay otro problema que puede ser considerado estructural: en comparación con otros países europeos se nota también la falta de españoles que hayan permanecido largas temporadas en Oriente. Por ejemplo, si bien hay nacionales de casi todos los países europeos trabajando para compañías comerciales europeas o para los estados independientes en Oriente -China, Japón y Siam- durante la época contemporánea, los casos de portugueses o españoles han sido extremadamente raros. Han faltado, en consecuencia, la gente que hubiera podido servir de intermediaria entre los dos países, como los aventureros o los comerciantes, y hasta la llegada de los misioneros, los únicos que han conocido Japón algo extensamente han sido los diplomáticos.

Tras acabar la Segunda Guerra Mundial el tipo de gente que dará a conocer Japón en España cambia progresivamente. Tras la ocupación por los Estados Unidos, vuelven las intenciones misioneras del siglo XVI: se piensa que «es la hora de evangelizar Japón» y una gran cantidad de religiosos llegan al Archipiélago. Así, se formará a partir de los años 50 la primera remesa importantes de españoles y portugueses que llegan a poseer un buen conocimiento de Japón y de su idioma. La pertenencia a alguna orden religiosa en el momento de la llegada a Japón es la característica principal de esta generación, que por primera vez ha profundizado en el estudio sobre Japón desde muy diversos campos. Dentro de la Historia Japonesa están algunos de los mejores especialistas sobre los primeros contactos con los europeos, como José Luis Álvarez (el único que no ha pertenecido a [170] ninguna orden religiosa) o Diego Yuuki, así como Manuel Texeira desde un punto de vista más general con respecto a Portugal. Entre los diccionarios, han sido publicados el de Juan Calvo en 1937 (los dominicanos volvieron a Japón desde 1905) y el de Vicente González en 1986. En el campo de la Lingüística, Antonio Alfonso ha publicado en inglés *Japanese Patterns* (Tokio, 1966), considerada por el profesor Kuno, de la Universidad de Harvard como «la mejor gramática que jamás se ha escrito sobre cualquier lengua del mundo». En el estudio del arte japonés el principal estudio hasta la actualidad es el de Fernando García Gutiérrez, *El Arte del Japón* (Madrid 1967), y entre la Literatura, Fernando Rodríguez Izquierdo ha escrito *El Haiku Japonés* (Madrid 1972). También se han publicado estudios sobre la religión, como el de Jesús López-Gay, *La Mística del Budismo* (Madrid 1974). Además, la Revista anual de la Asociación Española de Orientalistas, editada desde 1964, ha publicado frecuentemente trabajos científicos relativos a Japón.

Después de la Segunda Guerra Mundial, no obstante, ha seguido faltando un centro, tanto en España o Portugal, con una importancia suficiente como para impulsar los estudios sobre Japón. Peor aún, los antiguos misioneros que volvían a España no han tenido dónde enseñar lo que ellos han aprendido en Japón y sus conocimientos se han desvanecido ante la falta de una Institución que los recogiera e impulsara. La filosofía, el arte o la historia de Japón y del resto del Oriente han sido siempre estudiadas en base

a traducciones de libros extranjeros y su importancia ha sido disminuida, identificando el término «Universal» a lo «Europeo».

Finalmente, a mediados de la década de 1970 se crean en España los primeros departamentos para el estudio de la lengua japonesa en las Escuelas Oficiales de Idiomas de Madrid y de Barcelona. En 1982 se ha creado el Centro de Estudios Orientais en la Universidade Nova de Lisboa con el mismo fin. Y es a partir de esta década de 1980 cuando la situación de los estudios sobre Japón ha cambiado sustancialmente, impulsado por el crecimiento económico japonés. Los libros sobre economía de Japón y sobre las razones «Por qué ha triunfado Japón» han proliferado. Impulsados por instituciones financieras han sido editados diversos estudios conjuntos centrados en la situación económica, como *Japón hoy, nuevo modelo* (Madrid 1983) o *Japón. Estudio Económico* (Madrid 1985).

Influido por este auge económico el estudio de la lengua japonesa también ha progresado. Se ha extendido su enseñanza a otras ciudades, como Granada, y ha pasado a ser enseñado también en las universidades, como el Instituto de Estudios Orientales y Africanos de la Universidad Autónoma de Madrid, donde hubo un intento frustrado de crear la primera cátedra de japonés en España (1986). También ha sido publicado el primer libro para el aprendizaje extensivo del idioma japonés dedicado a los españoles, aunque sólo ha podido aparecer en caracteres romanos, por Ramiro Planas y José A. Ruescas: *Japonés hablado. Introducción a la lengua y cultura de Japón* (Madrid 1984).

Desde 1988, el interés sobre Japón va pasando a ser dominado por las universidades y a tener un enfoque cada vez más científico. La primera reunión científica relativa a la presencia ibérica de Japón en Asia Oriental fue celebrada en este año de 1988: «*El Oriente Ibérico. Investigaciones y Estado de la Cuestión*». En la reunión se ha realizado una labor de recopilación de datos que tenía que haber sido hecha desde hace algunas décadas: se han dado a conocer los documentos sobre Japón y otros países orientales que hay en los diversos Archivos Españoles; se han hecho estudios sobre la bibliografía que hasta ahora se ha publicado. Por último, se ha realizado un estado de la cuestión: lo que hay investigado hasta ahora, las tendencias y lo que falta por estudiar. Publicado el libro resultado de [171] las conferencias bajo la coordinación de Francisco de Solano (Madrid 1989), con este congreso como punto de referencia se ha agrupado una generación de investigadores jóvenes que están desarrollando sus estudios en relación con Japón, tanto en Portugal como en España. También se ha fundado la Asociación Española de Estudios del Pacífico en 1988 agrupando a los dispersos especialistas en España entre el área del Pacífico. En el mismo año de 1988 realizó su primer congreso, siendo el tercero sobre *Las relaciones entre España y Japón en torno al Pacífico*. Por primera vez se ha realizado un congreso en España cuyo tema central es Japón. Los estudios se han centrado en las relaciones diplomáticas, pero es de suponer que se extenderán a otros campos. Ya se han publicado los libros correspondientes a los dos primeros congresos; el relativo a las relaciones entre España y Japón se publicará en 1992, coordinado por Luis Togores, y está previsto un nuevo congreso de la Asociación en noviembre de 1991. Se ha creado recientemente, por último, la primera Asociación dedicada en exclusiva a Japón, Instituto Español de Japonología, que ha tenido capacidad para organizar una actividad importante, el *Congreso Español de Japonología* celebrado en abril de 1991 con asistencia de profesores japoneses y de otros países europeos.

En lugar de desvanecerse, como en las ocasiones anteriores, el interés por Japón últimamente se ha acelerado y todo parece indicar que se crearán varios centros próximamente para impartir en España los estudios sobre Japón. El surgimiento de iniciativas dispersas por parte de diferentes Universidades -incluso, dentro de ellas mismas, en distintas facultades- permite suponer que en el futuro los estudios sobre Japón se pondrán a un nivel correspondiente con las necesidades de España y de Portugal. La Universidad Complutense de Madrid por ahora es la más adelantada y en 1990 por primera vez se ha creado una cátedra referente en exclusiva a Extremo Oriente: *Expansión ibérica en el Pacífico*, ostentada por Leoncio Cabrero, que se ha venido a sumar a la asignatura sobre *Arte de Extremo Oriente*, en la que recientemente ha incorporado una profesora especializada en arte japonés. En 1991 se ha implantado un seminario en la Facultad de Sociología y Políticas, *Antropología de Japón*, y para 1992 comenzará otro sobre *Política de Extremo Oriente*. Dentro de los Cursos de Verano de 1991, por primera vez hay uno relativo a Japón, *El Japón de ayer y de hoy*, organizado en Tokio por el profesor Masuda, de la Universidad de Tokio. En Cataluña el interés sobre Japón ha sido estimulado por las excelentes relaciones mutuas. En la Universidad Autónoma de Barcelona ha sido creado el «Centre d'Estudis Japonesos», que planea la inauguración de un *máster* sobre *Estudios Japoneses* para el curso 1992-93. En Lisboa, tras crearse el Centro de Estudios Orientais bajo la dirección del antiguo embajador en Tokio, Armando Martins Janeira, autor de *O Impacte português sobre a civilização japonesa* (Lisboa, 1970), se ha creado también un grupo de investigadores sobre la presencia portuguesa en Oriente en los siglos XVI y XVII bajo la dirección del profesor Luis Philippe Thomaz. La importancia de estos ejemplos que señalamos no es sólo por ser las Universidades más prestigiosas, sino porque son la punta del iceberg del progreso que están adquiriendo los estudios sobre Japón en toda España, como muestran la gran cantidad de acuerdos bilaterales entre Universidades españolas y japonesas que se están produciendo recientemente: Tenri (Nara) y Salamanca, Universidad Autónoma de Barcelona y la Kioto gaikokugo daigaku, etc.

La última década también ha sido pródiga en publicaciones sobre Japón, que demuestran el interés que existe a nivel popular: las obras de Mishima Yukio son muy conocidas, con un estudio de un popular escritor español, Juan A. Vallejo-Nágera: *Mishima o el placer de morir* (Madrid 1978). También han sido traducidas [172] las obras de Endo Shuzaku: *Samurai* y *Silencio* (Barcelona 1988), ésta del japonés directamente por Jaime Fernández, y la de Matsubara Hisako. Entre las traducciones directas del japonés destacan las de Antonio Cabezas: *Cantares de Ise* (Madrid 1979), una selección de Haikus y de poemas de Manioshu, y *Hombre lascivo y sin linaje*, de Saikoku Ihara (Madrid, 1982); Justino Rodríguez: *Ocurrencias de un ocioso*, de Yoshida Kenko (Madrid 1986), y Jesús González Vallés: *Yo soy un gato*, de Soseki Natsume (Tokio 1974).

Como vemos, recientemente el estudio sobre Japón en España está floreciente, dentro de la inmadurez. Lo más interesante es que parece que no será una moda pasajera, las carencias del pasado están desapareciendo y es de esperar que pronto se crearán varios centros de estudios japoneses en España. El Círculo Vicioso, por fin, está empezando a romperse.

Reseñas

[175]

HILDER, Brett: *El viaje de Torres*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid 1990, 254 págs.

La obra está dividida en dos partes. La primera es «El viaje de Torres de Veracruz a Manila», con el descubrimiento de la costa meridional de Nueva Guinea y del Estrecho que lleva su nombre. La traducción, magnífica por cierto, se debe a Rocío Utray.

La segunda parte, edición de Francisco Utray, comprende los «Documentos de la época de la travesía», acompañados de notas aclaratorias, grabados y mapas.

Se trata de una espléndida publicación, quizá una de las mejores que el Ministerio haya publicado hasta ahora. Reproduce varios mapas, algunos en color, y la sobrecubierta lleva un grabado de Brueghel, del siglo XVII, con unos galeones.

En el Prefacio, el autor nos relata su vida de marino y el interés que, desde sus primeros viajes, despertó en él el paso por el dificultoso estrecho de Torres. Nos cuenta todas sus investigaciones, la ayuda que recibió del gran historiador franciscano P. Celsus Kelly. Su conclusión más importante es dejar bien claro que fue Luis Báez de Torres quien primero cruzó por aquel paso y no el capitán Cook, como hasta no hace mucho tiempo se pretendía mantener por algunos historiadores anglosajones.

La obra de Hilder es realmente exhaustiva, resultado de su Tesis Doctoral, avalada con importantes Apéndices documentales y una Bibliografía anotada. La aportación cartográfica es interesantísima y claramente expuesta.

En la segunda parte, Francisco Utray, que fue embajador de España en Australia (1983-86) y profundo conocedor del tema, nos presenta una completa documentación: cartas de Torres a Felipe III; la relación Sumaria de Diego de Prado; carta de Torres a Quirós; consulta del Consejo de Estado en 1608; cartas de Prado al Rey de 1613; acuarelas de nativos de la costa sur de Nueva Guinea (enviadas por Torres al Rey, con los cinco mapas de la travesía); leyenda de los cuatro mapas conocidos de Diego de Prado; el mapa de la Nueva Jerusalem de Manuel Godinho de Eredia; y, finalmente, el mapa de la Australia del Espíritu Santo.

Lo aportado por Utray completa aún más el trabajo de Hilder, especificando en sus notas detalles y circunstancias de los documentos y de los lugares geográficos que se mencionan en ellos.

Como conclusión podemos repetir las palabras que Carlos Fernández-Shaw escribió para el prólogo a la edición inglesa de este libro: «tras la lectura de la obra de Hilder, el lector comprobará que Torres se acercó a 190 millas de las costas orientales de

Queensland, que contempló el continente australiano durante [176] dos o tres días en las proximidades del cabo York, que ancló en una serie de islas del Estrecho que lleva su nombre, y que desembarcó en algunas de ellas como Dungeness, Turtle Backed, Long, Twin de East, todas ellas pertenecientes a Australia. Según ello, puede afirmarse, por tanto, que Torres y sus hombres, y con ellos España y los navegantes españoles, surcaron las aguas australianas y desembarcaron en sus costas nada menos que en el año 1606».

Creemos que este epílogo es la mejor prueba de la importancia de esta obra, fundamental desde ahora pasa el conocimiento de los descubrimientos españoles en el Pacífico.

JOSÉ LUIS PORRAS

MALASPINA, Alessandro: *En busca del paso del Pacífico*, Historia 16, Madrid 1990, Crónicas de América, n.º 57, 219 págs.

Se recoge aquí el texto de una parte de la crónica del viaje de Alessandro Malaspina - militar y viajero italiano al servicio de España, uno de los grandes de la exploración marítima del siglo XVIII- por la costa americana del Pacífico norte.

A partir de las informaciones recogidas por un viajero español del siglo XVI, Malaspina trata de hallar un paso entre el Pacífico y el Atlántico bordeando América del Norte. En 1791 parte de Acapulco, bordea la costa mexicana y estadounidense y alcanza Nutka, en Canadá. El paso no se encuentra y la expedición vuelve a Acapulco.

La obra pertenece a la excelente serie de textos de cronistas de América de Historia 16; Andrés Galera Gómez ha escrito la Introducción, una biografía de Malaspina y la cronología del viaje.

C. A. CARANCI

FERNÁNDEZ DE QUEIROZ, Pedro: *Memoriales de las Indias Australes*, Madrid 1991, Crónicas de América, n.º 64, 444 págs.

En 1986 Historia 16 publicó, en su serie Crónicas de América, el *Descubrimiento de las regiones australes*, en edición de Roberto Ferrando, en el que se narraba la expedición del viajero portugués al servicio de España por el Pacífico. Ahora, la misma editorial publica los 54 memoriales (otros 20 aproximadamente se han perdido) del viajero portugués, nunca antes reunidos en un solo volumen, en edición del estudioso chileno Óscar Pinochet.

Los memoriales son documentos protocolarios enviados a diversas personalidades e instancias oficiales, entre otras al virrey del Perú Velasco, al piloto chileno Juan Fernández..., pero la mayor parte (40) van dirigidos al rey Felipe III de España. En ellos

expone sus ideas los «descubrimientos» de tierras nuevas, sus planes de viajes «hasta el Polo», o a través del Pacífico. Los memoriales permiten conocer mejor la responsabilidad de este viajero «casi fracasado», como alguien lo llamó, sus ideas generales y científicas, sus argumentos para convencer al Rey de la viabilidad de sus proyectos de expedición por ese océano «maravilloso» que era el Pacífico.

Queiroz (o Quirós, como prefieren llamarlo los españoles) había participado en las expediciones españolas a las islas Salomón, lo que lo llevó a planear otros [177] viajes por el Pacífico en busca de las tierras australes de cuya existencia estaba seguro: con el apoyo del virrey del Perú organizó una expedición que fracasó en su meta inicial, pero que le permitió arribar a las Tuamotu en Polinesia, y luego a las Nuevas Hébridas, hoy Vanuatu, y entonces bautizadas Australia del Espíritu Santo. Creía haber llegado al continente austral -que, por otra parte, ya visitaban los indonesios con cierta regularidad-.

Los siguientes intentos de organizar expediciones al Pacífico fracasan: muchos de los memoriales enviados el Rey tienen esta finalidad. Por fin, mientras preparaba una nueva expedición Quirós muere, o más exactamente desaparece, en 1615 en Panamá.

C. A. CARANCI

Varios autores: *España y el Pacífico*, Agencia Española de Cooperación Internacional/AEEP, Madrid 1989, 344 págs.

Resultado de las II Jornadas sobre *Filipinas y el Pacífico* celebradas en el Colegio Mayor «África» entre los días 5 y 9 de junio de 1989 es el presente volumen que, prologado por el profesor Leoncio Cabrero, recoge las comunicaciones presentadas a la citada reunión interdisciplinar.

Con el ánimo de seguir impulsando los aún escasos estudios sobre un área geográfica prácticamente olvidada, la Asociación Española de Estudios del Pacífico (AEEP) ha logrado dar continuidad a la tarea comenzada tras la celebración en 1988 de las I Jornadas sobre el Pacífico español, reuniendo a diferentes especialistas que se han acercado al tema a través de distintas disciplinas como historia, lingüística o antropología, y dentro de un amplio marco cronológico que se extiende desde el siglo XVI hasta la época actual.

Una parte de los dieciocho trabajos incluidos en el libro se dedican al estudio de diferentes aspectos de lo que fue el Pacífico español; así, José Luis PORRAS analiza una serie de *Documentos básicos para la Historia del Asentamiento español en Filipinas en el siglo XVI*; Ana María PRIETO, acercándose al mundo espiritual del pueblo filipino, estudia las *Supersticiones y creencias mágicas en Filipinas a través del Padre Alcina*.

También sobre religión, si bien sobre el catolicismo, es el trabajo de Marta María MANCHADO, que aborda el tema de *La «Concordancia de las religiones» y su significado para la Historia de la Iglesia en Filipinas*; por su parte, Luis Ángel

SÁNCHEZ describe la *Estructura de los pueblos indios en Filipinas durante la etapa española*.

Uno de los archipiélagos de la Micronesia es objeto de tres estudios; así, Antonio EGEA LÓPEZ hace un recorrido histórico por *Las Islas Marianas, provincia española: una introducción a su estudio*, mientras que Belén POZUELO se centra en *El final de la presencia española en las Islas Marianas*. Desde el análisis lingüístico, Rafael RODRÍGUEZ-PONGA escribe sobre *Huellas de la lengua española en Micronesia*.

La década de los años 90 del pasado siglo fue clave en lo que se refiere al Pacífico español, tan descuidado por las autoridades peninsulares de la época. No obstante, hubo un importante grupo de españoles, entre los que destacaron algunos miembros del ejército, así como diferentes economistas y geógrafos, que plantearon la necesidad de conservar para España aquellas lejanas tierras; fueron, al [178] tiempo, dignos estudiosos y conocedores de todo el Asia Oriental, como estudia Luis TOGORES al hacer un repaso de lo que bien puede denominarse *La Escuela Española de Orientalistas Ochocentistas*.

En esa misma época un nuevo y poderoso país asiático, el Japón Meiji, comenzó a inquietar a España por lo que se refiere a la seguridad de las posesiones oceánicas. Dicha problemática es abordada por M.^a Dolores ELIZALDE, que se centra en *Las relaciones entre España y Japón en torno a las Carolinas*, y por Agustín RODRÍGUEZ, quien desde diferente óptica estudia *El peligro amarillo en el Pacífico español, 1880-1898*.

Los años 40 de la presente centuria sirven de marco a Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA para hacer un estudio sobre *La Delegación Nacional del Servicio Exterior de Falange Española en las Islas Filipinas (1936-1944)*.

Durante los siglos modernos, la presencia española no se redujo única y exclusivamente a lo que se conoce como Pacífico español, sino que se extendió por diferentes zonas, como destacan Florentino RODAO en su propuesta de investigación sobre *Restos de la presencia ibérica en las islas Molucas*, y Francisco MELLÉN, que realiza un trabajo sobre *Expediciones al Pacífico Sur durante el Virreinato de Amat, 1770-1776*.

Como nexo de enlace desde el punto de vista histórico entre los siglos modernos y la época actual, José U. MARTÍNEZ CARRERAS escribe sobre *El equilibrio internacional en el Pacífico Sur-Oceanía, del Colonialismo a la Descolonización*; a pesar de haber sido un proceso relativamente exento de tensiones por lo que a las potencias colonialistas se refiere, lo cierto es que en determinados momentos se han producido situaciones conflictivas entre las poblaciones indígenas por situaciones generadas en la propia época colonial, como estudian tanto Francisco UTRAY en el caso de *Las Islas Fidi: actualidad política y económica*, como Carlo A. CARANCI, que se refiere a las *Poblaciones autóctonas y alógenas: conflictividad étnica en la Oceanía actual*.

Para concluir, queda citar dos últimos trabajos centrados en el campo antropológico; por un lado, José M. GÓMEZ-TABANERA detalla algunos *Aspectos de la expansión polinesia a la luz de la Antropología*, y, por otro, José A. NIETO realiza un trabajo de

documentación sobre el tema de la *Antropología de la Sexualidad: una bibliografía polinesia*.

BELÉN POZUELO MASCARAQUE

Varios autores: *Australasie*, La Découverte, París 1989, *Hérodote*, n.º 52, I/1989, 195 págs.

Hérodote, revista francesa «de geografía y geopolítica» dirigida por Yves Lacoste, dedica este número, monográfico como todos, a «Australasia». Este término tuvo mucha difusión en el mundo anglosajón, y pese a su inconsistencia científica, de la que es consciente, Lacoste, en el editorial, justifica su recuperación para aplicarlo a un conjunto geopolítico «nuevo», que tendría sentido sobre todo proyectado «hacia el futuro», formado por dos países asiáticos y dos oceanianos (Indonesia y Filipinas, Papúa-Nueva Guinea y Australia), que componen en cierto modo un *continuum* geográfico insular, pero poco más. Uno de ellos, Australia, es un país desarrollado, los otros tres, no; pertenecen a áreas culturales diferentes, y sus respectivas historias pocas veces los han acercado, y sus relaciones son mínimas [179] hoy, aunque, como dice Lacoste, «van a aumentar en un futuro próximo»: razón, pues, para desempolvar el término «Australasia».

Sea como sea, el sumario es interesante. Cuatro trabajos sobre Indonesia: «El sistema político indonesio: ¿qué futuro?»; «Indonesia: estrategias japonesas»; «Aceh, o el retorno de un bastión del Islam en Indonesia»; y «Los musulmanes indonesios: aspiraciones de ayer y frustraciones de hoy». Tres trabajos sobre Filipinas: «¿Cuál es la situación de las Filipinas?»; «La crisis de las Filipinas»; y «Los moros: berberiscos de los mares orientales». Uno sobre Papúa-Nueva Guinea: «Melanesia, Nueva Guinea: algunas vías después de la independencia». Y tres sobre Australia: «¿Cuál es la situación de Australia?»; «¿Cuál es la situación de los aborígenes de Australia?»; y la breve nota «Carta de Australia».

Especialmente interesantes son el estudio de P. Lorot sobre la penetración económica, política y estratégica japonesa en Indonesia, y el de R. de Koninck sobre el resurgir de un antiguo sultanato sumatrense precolonial, Aceh -famoso en tiempos de la penetración portuguesa y holandesa de los siglos XVI y XVII-, impulsado por el actual renacer islámico y por su envidiable situación estratégica en el estrecho de Malaca. Complementario es el trabajo de F. Raillon sobre el Islam Indonesio -mayoritario, como es sabido, y religión oficial-, con interesante información y numerosos cuadros.

En cuanto a Filipinas, G. Loyre y A. Rey elaboran una panorámica histórica y política sobre lo que los autores llaman los «piratas berberiscos» del mar de China y de Célebes, los moros, y en general sobre el Islam filipino.

Con Maurice Godelier, entrevistado por Lacoste, nos introducimos en Oceanía, concretamente en Papúa-Nueva Guinea y sus problemas nacionales, lingüísticos, económicos y, sobre todo, étnicos; Godelier ilustra dos aspectos particularmente interesantes: el contraste entre los habitantes de la montaña y de la costa y, sobre todo,

la utilización, viable y operativa, de las estructuras políticas y económicas tradicionales en la vida política actual del país.

Las aportaciones de J. Ch. Victor y de B. Moizo se complementan: el primero nos hace la presentación de la «nueva» Australia cada vez más integrada en el Pacífico, más oceaniana. El segundo es entrevistado sobre la situación de los aborígenes australianos, y nos explica cuál es la reacción a la aculturación, su vuelta a la tradición o, más exactamente, la adaptación de esa tradición a las necesidades actuales, con éxito sorprendente, lo que desbarata las teorías de la «incapacidad» de las culturas locales para sobrevivir si no es diluyéndose en la cultura europea.

C. A. CARANCI

PONS, Xavier: *Le Géant du Pacifique*, Ed. Económica, París 1988, 350 págs.

Partiendo de unos antecedentes históricos que avanzan hasta la época actual, Xavier Pons, profesor de la Universidad de Toulouse-le-Mirais, especialista en temas australianos, analiza profundamente el papel que ha jugado y juega Australia en una zona geopolítica de gran importancia como es el Pacífico.

La tesis que se plantea es que dicha área se ha transformado en el nuevo centro del mundo (antes lo fueron el Mediterráneo y posteriormente el Atlántico), destacando tanto por su potencial industrial y comercial como por su posición estratégica, siendo escenario del enfrentamiento entre Occidente y el mundo comunista.

En esta perspectiva, el autor estudia el papel concreto de Australia, geográficamente [180] tan alejada de Europa y América, tan próxima a Asia, pero políticamente tan cercana al mundo occidental.

Esta joven nación de grandes recursos en materias primas, sobre todo en minerales que se exportan a los países industrializados, especialmente a Japón, no obstante ha mantenido también relaciones con toda la cuenca del Pacífico.

Ello sirve de punto de partida para dividir el libro en tres partes que se corresponden con las tres fases de estas relaciones, desde los tiempos coloniales hasta nuestros días.

La primera parte, «El período expansionista, 1770-1920», abarca toda la época del colonialismo británico en la región para culminar en la gestación y consolidación del propio imperialismo australiano, favorecido por el Tratado de Versalles.

La segunda parte, «Interludio, 1920-1971», se correspondería con una fase de estancamiento, interrumpido exclusivamente por la Segunda Guerra Mundial. Es un momento de equilibrio en la región, aunque algo alterado por el hecho de pasar las colonias japonesas a manos de los Estados Unidos.

Es entonces cuando Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda controlan prácticamente todo el Pacífico Sur, salvo algunas zonas que poseen tanto norteamericanos como franceses. Se consuma el afianzamiento de Australia en el bloque occidental,

resurgiendo como bastión anticomunista; el Pacífico Sur se convierte en un «lago Anzus».

La tercera parte del libro, «El período contemporáneo», arrancaría entre 1969 y 1971 cuando se anuncian cambios derivados, por ejemplo, de la «doctrina Guam» enunciada por Nixon en 1969, y que obligaba a Australia a tomar las riendas de su propia defensa y seguridad tras la retirada de los contingentes militares estadounidenses; ello significó que Australia finalmente saliera de su letargo y tomara la iniciativa en cuestiones de índole exterior.

Desde el punto de vista interno, si hasta 1972 gobernaron los conservadores, desde la fecha asumió el poder el Partido Laborista hasta 1975, lo cual derivó en una serie de transformaciones en la proyección exterior de Australia. Así, se produjo el reconocimiento de la República Popular de China, la retirada de las tropas australianas de Vietnam (guerra que, por otro lado, había suscitado una fuerte oposición en distintos sectores de la sociedad australiana), se condenaron los ensayos atómicos franceses en Moruroa (Francia es para Australia y Nueva Zelanda lo que el profesor Pons considera el «intruso por excelencia»), e incluso se aceleró el proceso de independencia de Papúa-Nueva Guinea.

En este sentido, no hay que olvidar que en la evolución política del Pacífico Sur se produce también el fenómeno de la descolonización, clave para dilucidar las nuevas relaciones internacionales de Australia, ese «gigante del Pacífico», con los pequeños países recientemente independientes.

BELÉN POZUELO MASCARAQUE

LAFFIN, John: *The Australian Army at War (1899-1975)*, Osprey, Londres 1989, Men-at-Arms Series, n.º 123. Ilustraciones de M. Chappell, 42 págs.

Estos breves cuadernos ilustrados y extraordinariamente cuidados, originariamente destinados a los amantes de los uniformes, insignias y pertrechos militares, superan, en realidad, con mucho, su finalidad. En efecto, se trata de una muy útil documentación sobre los ejércitos de todo el mundo y de todas las épocas, de su historia, de los conflictos en los que participaron, de la organización militar, etc., [181] con textos debidos a especialistas, datos muy correctos, excelentes ilustraciones en blanco y negro y en color. Así, pues, los cuadernos pueden ser utilizados también por el historiador ajeno a los temas militares, como información y documentación complementarias sobre un campo considerado marginal y que el historiador tradicional no suele considerar, o que incluso suele ignorar, cuando no despreciar.

En este título que reseñamos se hace la historia del surgimiento y organización y de la participación en diversos conflictos del Ejército australiano. A remolque en todos ellos - salvo en Vietnam- del Reino Unido, los australianos participaron con entusiasmo y cierta «inocencia» en guerras «limpias» y «sucias».

La primera fue la Anglo-Bóer (1899-1902), una guerra muy «sucias», donde la suciedad salpicó incluso a oficiales australianos, como Harry Morant, acusado de fusilar a prisioneros bóers.

El segundo conflicto en el que participaron, considerado «limpio», fue la I Guerra Mundial (1914-1918). En ella el Australian and New Zeland Army Corps (ANZAC) fue utilizado profusamente por los británicos -se ha dicho que como carne de cañón- desde Palestina a Flandes, pasando por Gallípoli, sufriendo serias pérdidas. En la II Guerra Mundial se empleó a los australianos en buen número de frentes, pero de manera más orgánica y racional, y las pérdidas fueron mucho menores: en Birmania, en Nueva Guinea, en el norte de África y en Europa.

Después de la Guerra Mundial los australianos participan de nuevo en guerras «sucias». En Corea (1950-1953), junto a las fuerzas de Estados Unidos; en Malaya (1948-1955) contra las guerrillas nacionalistas y comunistas; en Borneo (1963) para impedir que Indonesia se anexionara Sarawak y Sabah y garantizar el nacimiento como Estado de ese «monstruo» neocolonial que fue Malaysia. Finalmente, los australianos aparecen en Vietnam (1962-1975), de nuevo junto a los norteamericanos; 42.000 soldados en total, en tandas nunca superiores a 8.000 hombres.

C. A. CARANCI

HARCOMBE, David: *Solomon Islands. A Travel Survival Kit*, Lonely Planet, South Yarra (Vict., Australia) 1988, 245 págs.

Otra de las magníficas guías de esta editorial australiana, cuyo subtítulo reza modestamente «A travel survival kit». Pero, como los demás títulos, es mucho más que una simple guía.

Se trata -como, repitámoslo, los demás títulos anteriores- de panoramas completos sobre diversos países oceanianos y asiáticos: historia, geografía, lingüística, política, etc., dedicando la mayor parte de los volúmenes, obviamente, a la descripción de regiones, localidades y lugares diversos, con profusión de ilustraciones, fotografías y mapas muy exactos, de gran ayuda también para el estudioso.

En este caso se trata de las islas Salomón, país melanesio independiente desde 1978. El autor nos hace su historia, en una buena síntesis; describe la geografía, la flora y la fauna; la forma de gobierno, la política exterior, la economía, la población y lenguas, la cultura, la religión, el arte, etc.

Luego pasa a informar a quien viaja al archipiélago sobre visados, alojamientos, moneda, compras, etc., para entrar de lleno en la descripción minuciosa del país, provincia por provincia, isla por isla y casi localidad por localidad.

C. A. CARANCI [182]

KAY, Robert F.: *Tahiti & French Polynesia. A Travel Survival Kit*, Lonely Planet, South Yarra (Vict., Australia) 1988, 166 págs.

Esta excelente guía ofrece una panorámica completa sobre la Polinesia francesa, uno de los pocos territorios coloniales que todavía existen en el Pacífico (y en el mundo).

El autor, experto en Oceanía, nos introduce en el territorio a través de su historia, su geografía, la vida política, el arte, la religión y la lengua, y a continuación presenta los datos útiles para el turista.

En una segunda parte describe los diferentes archipiélagos -muy distintos entre sí- que componen este Territorio de Ultramar francés: las Islas de la Sociedad, la más importante de las cuales es Tahití, sede del gobierno colonial y la más famosa y conocida en Europa; las islas Taimado, las Marquesas, las Australes (o Tubuai) y las Gambier.

C. A. CARANCI

Varios autores: *El Extremo Oriente Ibérico. Investigaciones históricas: metodología y estado de la cuestión*, Centro de Estudios Históricos (CSIC)/Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid 1989, 661 págs.

Esta extensa y densa obra reúne las ponencias del I Simposium Internacional sobre la presencia de España y Portugal en el Extremo Oriente, celebrado en Madrid entre el 7 y 10 de noviembre de 1988.

Las aportaciones, 47 en total, se deben a estudiosos españoles, portugueses, filipinos, japoneses y latinoamericanos, y cubren un amplio espectro, con tres secciones.

La primera incluye trabajos sobre fuentes documentales: sobre los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores español (F. Rodao), los archivos portugueses (L. E. Togores), los de la Marina (A. R. Rodríguez González), sobre la presencia española en Japón (T. Yanaguida), sobre los documentos españoles en el MARC de Guam (J. L. Porras), las Marianas en el siglo XIX (B. Pozuelo), las Molucas (B. Bañas), etc.

La segunda incluye trabajos sobre fuentes bibliográficas: sobre la historia del Asia oriental (J. U. Martínez Carreras y J. Moreno), el Extremo Oriente en los boletines del Instituto Libre de Enseñanza (J. Paniagua), la historia de la Iglesia en Extremo Oriente (L. Tormo) y otros.

La tercera incluye trabajos sobre lo que se denomina Estado de la cuestión: presencia portuguesa en Extremo Oriente (J. P. Azevedo de Oliveira e Costa), historia económica y relaciones internacionales en el Pacífico (V. Valdés Lakowsky), la crisis del Noventa y Ocho y Filipinas (R. de la Torre), España y las guerras del opio (S. Rodicio), las Carolinas españolas (M. D. Elizalde), etnohistoria de la sociedad colonial filipina (L. A. Sánchez), entre otros.

La edición estuvo a cargo de Francisco de Solano, Florentino Rodao y Luis E. Togores.

GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio: *El exotismo en las vanguardias artístico-literarias*, Editorial Anthropos, Barcelona 1989, 382 págs.

La investigación y el estudio, exhaustivo y entusiasta, del autor tienen su culminación en esta obra necesaria para el conocimiento más profundo de nuestra época, ya que su estructuración o su formación ha sido el resultado de todo lo ocurrido socioculturalmente, abarcando a los campos diversos de la literatura, el arte, la filosofía y, sobre todo, la antropología, desde los tiempos remotos, pero mucho más acentuado desde el siglo XVIII con el desarrollo de los medios de comunicación entre las distintas partes del mundo. Desde la obra monumental de J. Needham y las de M. Edwards, S. Wichmann, etc., que abrieron nuevas perspectivas de los estudios comparativos de las culturas del mundo, existen algunas obras, más bien escasas, aunque no podemos olvidar la obra de Van Tieghem sobre la literatura comparada, el estudio «comparativo» o la investigación de las influencias mutuas entre el mundo occidental y el no-occidental que se planteó, con motivo de la exposición artística en Munich, S. Marchan Fiz en la década de los setenta de este siglo.

El autor de esta obra desarrolla el tema de su investigación en siete grandes capítulos: El nacimiento de la vanguardia. Intelectualidad finisecular; Los simbolistas ante el exotismo; El Pacífico, de Pigafetta a Gauguin; Descubrimiento de África; El expresionismo alemán o la búsqueda de la expresión en el primitivismo; Surrealismo-De la magia al exotismo, y La vanguardia en Latinoamérica. Y debemos resaltar, sobre todo, el capítulo dedicado al estudio del proceso histórico y la influencia de las culturas del Pacífico desde el conocimiento de éste por Occidente, que incluye los subcapítulos siguientes: «El Pacífico visitado: de Pigafetta a Bougainville», «Oceanía en la literatura: de Melville a Loti», «Etnología del Pacífico: de J. Cook a M. Mead» y «Clausura de Oceanía: de Gauguin a Segalen». En el epílogo el autor define el término de «exotismo» pese a su complejidad y a su difícil determinación debido a su diversificación y sus varias etapas.

Reconocemos la dificultad y el gran esfuerzo de realización de esta obra de investigación, y, sobre todo, la complejidad y la amplitud derivadas del obligado conocimiento de las culturales occidentales y no-occidentales e igualmente sus filosofías, religiones, etc., todo lo que se puede incluir en el contexto de la antropología socio-cultural. Y también era necesario una visión conjunta y global del autor para llevar a cabo esta obra que recomendamos a los estudiantes de filología o historia del arte como el libro básico de conocimientos para sus investigaciones en la literatura y el arte.

SUE-HEE KIM

SCHEURLEER, Pauline Lunsingh, y otros: *Asiatic Art in the Rijksmuseum*, Meulenhoff y Landshoff en colaboración con Vereinig van Vrienden der Aziatische Kunst y Rijksmuseum, Amsterdam 1985 y ss., 192 págs.

Bajo el título de *Asiatic Art* el Museo más importante de Holanda, Rijksmuseum, edita el catálogo de su gran colección de las obras artísticas del Extremo Oriente, de países como China, Japón, Corea, India, Nepal, Tíbet, Tailandia, Camboya, Indonesia, etc. El libro contiene no sólo fotografías excelentes sino [184] también los estudios y las investigaciones sobre cada pieza artística, además de la visión global y científica del concepto y la historia del arte de cada país. Son varios autores especialistas encabezados por P. L. Scheurleer.

Se incluye la breve pero concisa historia de la colección y la creación del museo dedicado al arte de Extremo Oriente, desde su apertura en el Museo Municipal en 1932 hasta la culminación de uno de los más importantes museos de la colección de obras artísticas de Oriente. La colección de las porcelanas de Oriente, una de las más bellas ya significativas en la historia, está minuciosamente estudiada en este libro. La importancia de la citada colección, que evoca la historia del comercio y las relaciones entre el Occidente y el Oriente, y, sobre todo, los navegantes y comerciantes holandeses que han contribuido grandemente al intercambio cultural entre ambos mundos es innegable. Este catálogo sirve de base para el futuro estudio comparativo de obras de arte europeas influidas por el Extremo Oriente y las asiáticas por el Oriente, que han producido los fenómenos artísticos de la «chinoiserie» o del «japonismo» en el Occidente y el arte «Namban» en el Extremo Oriente, por citar algunos ejemplos. Antes de concluir esta reseña resaltamos, una vez más, la característica de este libro que no se limita a un simple catálogo «clásico» sino a un libro de estudio sobre el arte de Oriente.

SUE-HEE KIM

Varios autores: *Australia*, Historia 16, Madrid 1989. Cuadernos Historia 16, n.º 187, 40 págs.

En la colección Cuadernos, de Historia 16 -que representa un gran esfuerzo de divulgación histórica- han aparecido algunos títulos sobre Oceanía y el Pacífico en general. Uno de éstos es el que reseñamos. Se trata de un breve pero profundo y renovador recorrido por la historia de Australia. Una rápida introducción de G. Zaragoza da paso a un muy buen resumen de J. M. Solé Mariño de la historia de este país desde la llegada de los europeos hasta hoy («Dos siglos de historia»).

El segundo trabajo («Aborígenes frente a europeos. Historia de una usurpación», de H. Reynolds) estudia la brutal agresión europea contra los habitantes originarios -que en algunas zonas, como en Tasmania, fueron extinguidos- y su lenta recuperación.

«Una sociedad nueva», de L. Ryan, estudia el origen y composición de la población de origen europeo que dará lugar a una nueva sociedad. «El comienzo de la sabiduría», de M. Clark, quizá el trabajo más interesante, analiza la mitología histórica australiana, su falseamiento constante (Australia sería una sociedad «idílica», «tranquila», «aburrida», «pacífica», etc.) y los intentos actuales por reinterpretarla desde una perspectiva crítica, no eurocéntrica, revolucionaria: al contrario de lo que afirma la historia oficial, la llegada de los británicos «fue la ocasión de tres grandes males», la violencia contra los

habitantes originarios, la violencia contra la primera fuerza de trabajo europea, los presidiarios, y la violencia contra la tierra misma.

El último estudio se centra en los viajeros que hicieron conocer a los europeos y a los propios australianos este enorme país-continente («Haciendo caminos», de P. Carter).
[185]

Completa esta pequeña obra, como es habitual en la colección, una antología de textos sobre Australia, seleccionada por G. Zaragoza.

C. A. CARANCI

SPENCE, Jonathan D.: *The search for modern China*, Hutchinson, London-Sidney-Auckland-Johannesburg, 1990, 876 págs.

Eminente especialista de renombre internacional, Spence nos ofrece en esta obra, fruto de treinta años de trabajo, un estudio completo de la Historia de China, desde finales del siglo XVI hasta los sangrientos sucesos de la plaza de Tiananmen en junio de 1990.

El autor mantiene la tesis de que la Historia de China es tan rica y tan singular como la de cualquier otro país, y su destino está ya unido al de las demás naciones en los mismos objetivos comunes, como la necesidad de materias primas y recursos energéticos de que carece, y del intercambio comercial y cultural con todos los pueblos. Sin embargo, China durante mucho tiempo ha permanecido desconocida para Occidente, e incluso todavía parece permanecer apartada quizá por la influencia de su idioma, costumbres y talante. Pero ahora, con más de mil millones de habitantes, está sufriendo muchas tensiones internas que solamente podemos vislumbrar: los vaivenes de su vida política, las actitudes en su comportamiento cultural, las terribles sacudidas de su economía, y el hecho de que su periódica hostilidad a la influencia extranjera se ve acompañada por sonrisas de bienvenida, hace que todo ello nos mantenga en un estado de desconcierto acerca de la naturaleza real de China.

Para Spence, esa nación no es más difícil de entender que cualquier otra, lo que ocurre es que en el caso de China vale la pena intentarlo porque su historia es asombrosa y tiene mucho que enseñarnos. Con una historia de cerca de cuatro mil años, y con una sociedad que ha conservado su vitalidad y su propia conciencia histórica perfectamente documentada, se hace muy difícil elegir un punto de partida para narrarla, pues en cualquier fecha ya existen sucesos, personalidades y acontecimientos culturales e históricos. Por ello el autor comienza su relato a fines del siglo XVI, porque piensa que a partir de esa época es más fácil examinar y dar sentido a los problemas de la China actual, ya que muchas situaciones parecen, con los debidos cambios, repetición de hechos ocurridos anteriormente. Por ejemplo, lo ocurrido en 1644 aparece en 1911, y de nuevo en 1949, y en las tres circunstancias la desilusión con el presente se combina con una cierta nostalgia del pasado y una apasionada esperanza por un futuro, en el que desapareciera el viejo orden y se abriera paso uno nuevo e incierto. El autor estima que el conocimiento de ese pasado, factor constante en la historia de China, nos ayudará a comprender las fuerzas que allí se enfrentan y podemos examinar las oportunidades que existen a favor y en contra para que China alcance su lugar en un mundo moderno.

En el comienzo de su relato, al analizar la decadencia de la dinastía Ming, Spence estudia la enorme incidencia que la importación de la plata mexicana procedente de Filipinas tuvo en la economía de China. Desde 1570, en que los españoles se establecieron en Manila, una numerosa colonia china se fue agrupando en la ciudad con el fin de comerciar con aquéllos. En muy pocos años, a medida que el tráfico del Galeón con Acapulco se desarrollaba, el flujo de plata aumentó de forma impresionante ocasionando en China graves problemas: inflación, especulación y un errático crecimiento económico en algunas ciudades que [186] destruyó los tradicionales modelos económicos. La situación fue realmente grave, pagando sus consecuencias la población campesina obligada a pagar sus impuestos en plata, mientras que sus cosechas las vendían obligatoriamente en monedas de cobre. Todo esto ocasionó corrupción, evasión de impuestos, etc., precipitando la caída de los Ming.

Hemos mencionado este asunto de la plata porque creemos que es un aspecto poco estudiado de la repercusión que el comercio del Galeón de Manila tuvo en la economía de China, pues los trabajos que se han hecho son todavía insuficientes dada la importancia del tema.

Spence va desarrollando su obra de forma magistral hasta llegar a nuestros días. El panorama que presenta de la historia de China, en los últimos cuatrocientos años, es completo, abarcando todos los aspectos que le han dado forma, y casi ninguna faceta escapa a su erudición. Su estilo es claro y sugestivo, pese a la gran cantidad de cifras, datos y nombres que utiliza.

La obra se completa con los siguientes Anexos: notas con bibliografía específica; bibliografía ampliatoria para cada uno de los 25 capítulos; vocabulario onomástico, histórico y geográfico; ilustraciones en color; fotografías; un índice de extraordinario valor para la investigación; y, finalmente, una explicación sobre el sistema Pinyin para leer el idioma chino.

JOSÉ LUIS PORRAS

LEROI-GOURHAN, Arlette y André: *Un voyage chez les Aïnous*, Albin Michel, París 1989, 156 págs.

En el verano de 1938 dos arqueólogos y antropólogos franceses, André (1911, que luego se hará famoso por sus estudios sobre la prehistoria europea y asiática) y Arlette Leroi-Gourhan permanecen en la isla japonesa de Hokkaido, donde se concentra la más numerosa población ainu del área. Quieren estudiar lo que se considera una población en vías de extinción, absorbida por los japoneses.

Poco se sabía sobre los ainu en Europa, sobre su origen étnico, su lengua y su historia, un poco más sobre sus manifestaciones culturales y estructura social. Hoy se sabe más, los conocimientos sobre los ainu han aumentado apreciablemente, pero no todo lo que cabría esperar (basta dar una ojeada a obras recientes, como *Las religiones en los pueblos sin tradición escrita*, volumen 11 de la *Historia de las religiones Siglo XXI*, en el capítulo «Las religiones de los pueblos árticos», apartado «Los ainu»; o a

Civilizaciones extinguidas, tomo 2 de la *Historia de las civilizaciones* de Alianza Editorial/Labor, para darnos cuenta de lo que decimos).

Pero no cabe duda de que la misión etnológica de los Leroi-Gourhan hizo conocer bastante mejor a los ainu, resolvió algunos problemas pendientes y aireó una situación de declive y opresión étnica de la que eran víctimas los ainu por parte de los japoneses, que les negaban (y niegan) todo derecho y trataban y tratan de asimilarlos y hacer desaparecer su cultura.

En tiempos del estudio los ainu que todavía hablaban su lengua no eran más de dos mil, sobre una población de unos 16.000 largos en total. Su cultura estaba ya en declive, sus costumbres se desvanecían y estaban mestizados en buena medida a causa de la colonización japonesa. Con todo, sus tradiciones pervivían en parte, y con fuerza suficiente como para poder apostar por su supervivencia.

Cuando los Leroi-Gourhan llevan a cabo su estudio todavía una porción relativamente apreciable de la población ainu seguía viviendo según las normas y formas [187] tradicionales, conservaban sus rituales -en particular, el culto del oso-, los tatuajes de las mujeres, la caza, la agricultura, la filosofía, etc. Esto es lo que nos describen, a través de unas páginas claras y densas a un tiempo.

Inician su estudio introduciéndonos en el «ambiente» de Hokkaido de los años 30, para pasar a plantear los problemas más arduos que plantean los ainus desde el punto de vista histórico y antropológico: *cuántos son*: en 1938 habían desaparecido casi de Sajalín y de las Kuriles, y sumaban unos 16.000, como se ha dicho; *quiénes son*: los autores enumeran las teorías sobre su origen: la mongoloide, la australoide, la caucasoide o «blanquista» (esta última parecería ser, hoy por hoy, la más plausible); *la lengua*: hasta hoy no se ha podido relacionar su lengua con ninguna familia conocida.

En los siguientes capítulos se describen la vestimenta y adornos, la vivienda, los utensilios, los usos sociales, el lugar de la mujer en la sociedad, la familia, el modo de producción (la agricultura, tarea de las mujeres, junto a la confección de telas y ropas; la caza de la ballena, del oso, del ciervo, la pesca del atún, tarca de los hombres), el arte, el trabajo de la madera, etc.

Posteriormente se describe su vida espiritual, la ceremonia del oso, la danza ritual, la religión.

Los dos últimos capítulos son especialmente interesantes, pues trazan la historia de los ainu. Los ainu serían los habitantes primitivos del archipiélago japonés y de las tierras cercanas: la importante cultura Jomon del Japón primitivo ha de atribuirse, sin duda, a los ebisu o antepasados de los ainu. La aparición de poblaciones mongoloides provenientes del sur, los antepasados de una parte de los japoneses actuales, va empujando a los ainu hacia las islas septentrionales, las «islas del frío», al tiempo que se establecen relaciones diversas y que se inician conflictos de los que resultarán vencedores los recién llegados, que acabarán ocupando todo el archipiélago.

C. A. CARANCI

CAMPBELL, Joseph: *Las máscaras de Dios: mitología oriental*, Alianza Editorial, Madrid 1991, trad. de B. Urrutia, 594 págs.

Este volumen es el segundo de una obra en cuatro tomos, cuyo título de conjunto es *Las máscaras de Dios* (los demás son *Mitología primitiva*, *Mitología occidental* y *Mitología creativa*), y cubre lo que en Occidente, de forma abusiva, suele llamarse «Oriente» - desde el Próximo Oriente al Extremo Oriente- y que refleja más una exclusión que una definición.

El presente volumen cubre, en efecto, el Egipto antiguo, Mesopotamia, India, China, Japón..., todo ello en el mismo saco, pese a sus grandes diferencias objetivas. El autor justifica esta reunión sobre la base de la separación, «en algún momento», de las mitologías y, por ende, de las psicologías, de Oriente y Occidente.

Así, Campbell estudia la mitología del antiguo Próximo Oriente, Mesopotamia, el Egipto faraónico, etc., en un largo y complejo capítulo.

Pasa luego a estudiar las mitologías de la India, desde las primeras civilizaciones del Indo, preindoeuropeas, hasta las arias (la edad védica, la época budista, el período de las grandes creencias, después de la era cristiana, hasta la invasión musulmana). [188]

La última parte comprende la mitología china -especialmente interesantes son las secciones correspondientes a la China antigua-, la japonesa y la tibetana.

C. A. CARANCI

HOMS I GUZMÁN, Antonio: *Sinibaldo de Mas*, Caixa de Barcelona, Colección Gent Nostra, Barcelona 1990, 50 págs.

Cuando llegó a mis manos esta biografía de D. Sinibaldo de Mas, diplomático, publicista, político (iberista), viajero incansable, pero sobre todo hijo de su tiempo, la sorpresa y el agrado llegaron con igual intensidad. Sorpresa, al leer este libro de A. Homs, pues nunca hubiera podido imaginar que fuera del muy reducido grupo de investigadores y estudiosos de las cuestiones relacionadas con la presencia española en Extremo Oriente, alguien pudiese interesarse por Sinibaldo de Mas. Agrado, por ver una biografía que demuestra cómo el mundo cultural español es menos «castizo» de lo que puede a simple vista parecer, superando fijaciones por la represión en Belchite o el reparto del pan en Madrid, comenzando de esta manera una singladura que se aleja del desprecio historiográfico a lo que no sean estas «grandes cuestiones». Trabajo doblemente interesante no sólo por lo antes dicho, sino también por referirse, en gran medida, a cuestiones relacionadas con Asia, siendo éste uno de los grandes temas olvidados por nuestra historiografía, y más en los momentos que se desarrolla la actuación de este español, etapa histórica en el que los Mares de China absorbían en buena medida la atención de todas las grandes cancillerías de la época.

Esta biografía de Sinibaldo de Mas es la primera que aparece en España -tras algunas publicaciones contemporáneas al personaje, durante el pasado siglo-, publicada en catalán, al amparo de la iniciativa regionalista de la Caixa de Barcelona, que bajo la

colección «Gent Nostra», que cuenta ya con casi cien títulos dedicados a glosar catalanes ilustres. Entre éstos se encuentra el libro en cuestión. dado que Mas nació en Barcelona en 1809, lo que afortunadamente le ha hecho acreedor de un estudio sobre su vida y obra.

A lo largo de su azarosa vida cubrió las dos grandes facetas de las figuras del siglo XIX: fue hombre de letras con notable grado de erudición, al tiempo que aventurero de primera fila, de categoría similar al mítico Ali Bey, también de origen catalán. Esta obra, a pesar de su brevedad, cubre con profundidad la vida de Mas. Analizando inicialmente su etapa de diplomático, la faceta sin lugar a dudas más importante de su personalidad, narrando entre otros temas su gran viaje desde el Próximo Oriente hasta Filipinas, que discurrió entre 1834 y 1842, sino también su primer viaje a Macao como representante de España entre 1843 a 1844, y los posteriores a China entre 1848 a 1850 y 1863 a 1868, respectivamente, en los que logrará la firma del primer tratado entre España y el Celeste Imperio.

El trabajo de A. Homs analiza igualmente su obra como político, con especial reseña a su faceta iberista, al tiempo que presenta su amplia producción escrita con trabajos tanto sobre cuestiones lingüísticas, como de índole científico -«Empolladura artificial de huevos de gallina en Egipto», publicado en el *Seminario pintoresco de Madrid* en 1834-, literarios o políticos, o sobre la acción colonizadora de los europeos en Asia -«A Iberia», publicado en Lisboa entre 1851 y 1852; «Informa sobre el estado de las islas Filipinas, en 1843, «L'Angleterre, la Chine et l'Inde», texto en francés publicado en 1858, etc.-. Destacando finalmente su carácter de hombre «del renaixement», con su cuidada cultura, su capacidad [189] para hablar los más importantes idiomas europeos, junto a varios asiáticos como el persa, urdu, y algo de chino..., en combinación casi enfermiza por su pasión por la pintura, afán coleccionista que le llevó varias veces al borde de la ruina, al tiempo que habilidad con la que se ganó la vida en Bombay y la India cuando los recursos del Ministerio de Estado no llegaban, cosa por otra parte muy común.

La obra de A. Homs deja algunos estadios y facetas de la vida de Mas que podrían haber sido cubiertos, al parecer por desconocer algunas fuentes documentales el autor. Carencias que podrían haber sido subsanadas con la consulta del expediente personal de Mas en su calidad de diplomático, que se encuentra depositado en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid, así como con los diversos legajos sobre China en los que la presencia de Mas es constante. También se echa en falta en la lista de publicaciones algunos de los trabajos de Mas sobre la India o los publicados para la Sociedad de Orientalistas de París, como el referente a la cuestión de Borneo, entre otros.

Para finalizar, destacaría el interés de esta obra, no sólo para los estudiosos de la historia de las relaciones internacionales, para quienes la vida y la actuación diplomática de Mas pueden descubrir muchas cuestiones hasta ahora olvidadas, sino también para aquéllos que quieran comprender mejor la historia de España y de los países de Asia Oriental en las décadas centrales del pasado siglo. Curiosidad que a través de esta biografía puede quedar suficientemente perfilada, y llevar a una mayor profundización de la cuestión. Finalmente, señalar que en esta obra se une el interés histórico con una forma agradable y rápida en la narración, junto a una «trama» propia de una novela de aventuras, de la

que la vida de Mas está repleta, demostrándose una vez más que en muchos casos la realidad supera con creces a la ficción.

LUIS EUGENIO TOGORES

KNIGHT, Ian: *Queen Victoria's Enemies (4): Asia, Australasia and the Americas*, Osprey, Londres 1990, Men-at-Arms Series, n.º 224, ilustrac.: R. Scollins, 48 págs.

Dentro de la serie Men-at-Arms se incluye la subserie «Los enemigos de la Reina Victoria» (el primer volumen se dedicó a las campañas británicas en África Meridional; el segundo, a las de África del Norte; el tercero a las de la India). El presente volumen cubre las campañas emprendidas por los ejércitos de la Reina Victoria en Asia, América y Oceanía.

En Asia estudia las campañas en China -Guerras del Opio, Rebelión de los Taipings, la Guerra de los Boxers-, las campañas de Bhután (1864-65) y Tíbet (1903, que cae cronológicamente fuera del reinado de Victoria, pero dentro de los planes coloniales decididos durante éste), las de Birmania a lo largo del siglo XIX, las de las Indias Orientales (Borneo).

En América estudia las campañas de Canadá contra los fenianos (1866-71), contra los mestizos franco-indios (1870), y en Jamaica contra los esclavos negros rebeldes en 1865.

La parte dedicada a Oceanía recoge las Guerras Maoríes y las resistencias de los aborígenes australianos.

Las primeras cubren las guerras contra la penetración británica en Nueva Zelanda y contra el robo de tierras por parte de la administración colonial, en los años 40, en los 60 y finalmente en los 70 del pasado siglo. La derrota maorí pone [190] fin a la independencia de las entidades políticas locales, y abrirá el país a la inmigración británica masiva.

En Australia el robo de tierras pertenecientes a los aborígenes se inicia ya en el siglo XVIII con la llegada de los primeros colonos europeos, y con él los conflictos armados. Robos y conflictos prosiguen durante todo el siglo XIX, e incluso se incrementarán: costarán la vida a 2.000 europeos y a 20.000 aborígenes, y reducirá a éstos a las peores tierras (desérticas), pero nunca cesarán las reivindicaciones, que llegan hasta la actualidad.

Se incluye también, en Australia, la lucha contra los *bushrangers*, a caballo entre el bandolero y el héroe popular, que asaltaban a viajeros y caravanas en el interior del país, el más famoso de los cuales fue, en los 70 y 80, Ned Kelly.

C. A. CARANCI

Varios autores: *Jornadas sobre «Las relaciones entre España y Japón en el Pacífico»*, Asociación Española de Estudios del Pacífico/Dpto. de Historia Contemporánea de la Fac. de Geografía e Historia/Centro Estudios Históricos del CSIC, UCM, Madrid 1990, 460 págs.

Organizadas por la Asociación Española de Estudios del Pacífico, en colaboración con los respectivos Departamentos de Historia Contemporánea de la Facultad de G.^a e H.^a de la U.C.M. y del Centro de Estudios Históricos del CSIC, se han celebrado en Madrid, entre los días 24 y 25 de mayo de 1990, unas Jornadas sobre las relaciones entre España y Japón en la época contemporánea.

Coordinadas por Luis E. TOGORES, se presentaron nueve comunicaciones que abarcan el período cronológico comprendido entre 1868 y los años 30 del presente siglo, abordándose aspectos tanto históricos como sociológicos y culturales.

La reunión hay que enmarcarla en el conjunto de estudios que actualmente se están llevando a cabo sobre un campo tan amplio como es el Pacífico, donde la presencia española, sabido es, ha sido secular, continuando así la tarea que la propia AEEP, presidida por D. Francisco UTRAY, puso en marcha con la organización del I Simposium Internacional «El Extremo Oriente Ibérico: investigaciones y estado de cuestiones», y las I y II Jornadas sobre «Filipinas e Islas del Pacífico».

En la mañana del jueves día 24 se trató el tema de las relaciones hispano-japonesas a lo largo de los años comprendidos entre 1868 y 1898; ambas fechas son muy significativas, y así la primera señala los primeros contactos diplomáticos entre España y Japón, mientras que la segunda representa la retirada española de la zona y el impulso al expansionismo japonés.

En esta sesión se expusieron las siguientes comunicaciones: Luis E. TOGORES: *El inicio de las relaciones hispano-japonesas en la época contemporánea, 1868-1885*; Luis ÁLVAREZ GUTIÉRREZ: *Las relaciones hispano-japonesas en los informes alemanes de Tokyo*; Belén POZUELO: *España y Japón en la era del «nuevo imperialismo»*; M.^a Dolores ELIZALDE: *Japón y el sistema colonial español en el Pacífico*, y Agustín RODRÍGUEZ GONZÁLEZ: *España y Japón ante la crisis de Extremo Oriente, 1895*.

En la sesión de la tarde se trataron diferentes temas, presentándose dos comunicaciones que enlazan, desde el punto de vista histórico, con las de la sesión de la mañana: José U. MARTÍNEZ CARRERA: *Relaciones entre España y Japón: del fin [191] de la presencia de España en Asia a 1931*, y Estrella CALLEJA: *España en la Sociedad de Naciones ante la crisis del Manchukuo*.

Desde una perspectiva sociológica, M.^a Dolores RODRÍGUEZ DEL ALISAL habló sobre 1868. *Encrucijada en la historia de Japón y España. Análisis comparado de un cambio*. Por su parte, Sue-Hee Kim abordó la temática del arte en su comunicación sobre *La presencia de Japón en la Exposición Universal de Barcelona de 1888 y su repercusión en la sociedad española finisecular*.

El día 25 se organizó una mesa redonda, presidida por el profesor Juan Carlos PEREIRA, con objeto de analizar cuestiones tales como el balance de la historiografía

sobre Japón disponible en España, centros de documentación, fuentes para el estudio de las relaciones hispano-japonesas, incidencia de la cuestión de Extremo Oriente en la política exterior de la España contemporánea, etc.

El resultado de las Jornadas, lejos de llegar a conclusiones definitivas, permitió, al menos, sacar a la luz un tema muy descuidado por la historia de las relaciones internacionales, sobre el que el vacío historiográfico es manifiesto.

Finalmente, hay que señalar que se evidenció la limitación existente a la hora de analizar las relaciones entre dos países consultando únicamente las fuentes de uno de ellos, España en este caso. Ello, sin duda, hace que se dé una visión parcial de la cuestión. En cualquier caso, es un primer acercamiento al tema a través del análisis de la documentación diplomática española.

BELÉN POZUELO MASCARAQUE

ORTIZ ARMENGOL, Pedro: *Dolores Armijo. Historias viejas de Manila*, Ediciones Otero, Madrid 1991, 458 págs.

«En este relato todo es verdad y el narrador de él huye de ser un novelador, se niega a serlo o a parecerlo», estas palabras del autor revelan la esencia de esta obra magistral. Utilizando como hilo conductor la figura de Dolores Armijo, la amante o amada de Larra, enviada a Manila por su familia cuando el escritor se suicidó, para que se reuniese con su esposo, José María Cambronero, que allí tenía un alto cargo en la administración, Ortiz Armengol nos introduce en la vida de Manila de 1837 a 1840.

Todos los personajes son reales y están colocados con total exactitud de tiempo y lugar. La documentación utilizada por el autor ha tenido que ser enorme y en muchos casos inédita o poco conocida. Ejemplo de esto último son las memorias del capitán general García Camba, gobernador del Archipiélago, que sirven de cimiento a toda la narración.

El gran conocimiento que el autor tiene de la historia de Filipinas y, naturalmente, de la de España, le permite introducir en su relato a toda una serie de personajes históricos que en aquellos años se encontraban en Manila, una casi-capital de provincia española, cuya viva atmósfera de liberales y carlistas, de generales y obispos, de frailes y visionarios, se retrata de forma admirable.

Sin embargo, este libro tiene, a nuestro juicio, un mérito aún mayor: el de contar mucho de la historia de la presencia española en Oriente, sus logros y fallos, de una manera sencilla, narrativa, casi sin darle importancia, pero que, sin duda, ha significado un enorme esfuerzo de síntesis. Ortiz de Armengol ha volcado en su obra no sólo sus conocimientos, sino su larga experiencia en aquel país.

Para los que amamos a Filipinas y conocemos algo de su devenir histórico, de su tierra y de sus gentes, constituye un verdadero placer leer este libro. Los comentarios [192] y opiniones que expresan algunos de los protagonistas, las descripciones de la ciudad, de sus monumentos, de sus paisajes, de sus habitantes, y de todo el conglomerado de razas, de tipos diversos, costumbres, etc., vale más que cualquier historia puramente científica.

Así pues, el autor nos describe incluso el calor y el ardiente sol de Filipinas como componentes fundamentales de la vida de sus habitantes; las torres de algunas iglesias, octogonales por influencia china; las Milicias pampangas, flor de la fidelidad filipina; lo que significaba aquel país, «masa fermentada en tres siglos de talentos y heroísmos»; los mestizos, «lo que une y liga a españoles y filipinos»; el temor al creciente número de clérigos indígenas; la no aplicación de la Constitución española en el Archipiélago; la maravilla del crepúsculo en la bahía de Manila; las tensiones entre el poder eclesiástico y las Autoridades; el heroico papel de los párrocos en los pueblos; la influencia y el poder de los chinos; el despertar de las apetencias inglesas y francesas sobre Filipinas; los barruntos de un inminente nacionalismo; y nos deleita también cuando nos explica Intramuros, la vieja ciudad murada de Manila, bárbaramente destruida en la última guerra mundial, y a la que también dedicó una obra memorable publicada en 1958.

Finalmente deseamos transcribir literalmente un párrafo, en el que nos parece que Ortiz Armengol resume espléndidamente lo que constituyó, en esencia, la presencia española en las islas de poniente; cuando nos relata la fundación y desarrollo del Hospital de San Juan de Dios dice «el lego Juan Clemente, el que recibía a los leprosos, a los paralíticos, a los ciegos en la portería del convento, a todo malayo o chino, malabar o japonés, ¿no sería el arma secreta principal de la conquista? Que un tagalo enfermo y hecho una ruina recibiera de ese español afecto y cuidado, amor y atención, trato y tiempo, debió de atraer hacia esos barbudos blancos -de cabeza monda y de faldas como las mujeres castilas- la adhesión instantánea de los miles y miles que lo presenciaron o que lo supieron. No puede comprenderse de otro modo que poco más de doscientos españoles - y muchos años después todavía menos de mil- pudieran establecerse en siete mil islas durante un tercio de milenio, sin que hubiera un arma mágica muy superior a las tres o cuatro docenas de arcabuces de los hombres que desembarcaron, y hemos de apuntar que el arma empleada fue ésta sencilla de la caridad ejercida con el más débil. Los tagalos y después los demás se entregaron a la protección del barbudo y no despertaron de ella sino tres siglos más tarde».

Hermoso libro, denso, de impecable y particular estilo; obra, en suma, de un grande y culto escritor.

JOSÉ LUIS PORRAS

PANIAGUA, JESÚS: «*Memoria reservada de don Domingo Moriones sobre el Gobierno de Filipinas (1877-1880)*», Universidad de León, León 1988, 206 págs.

El origen de este libro es el informe realizado por el marqués de Oroquieta, aparecido en la biblioteca de la Fundación Sierra-Pambley de León.

El trabajo realizado por Jesús Paniagua es una muestra de un tipo de publicación realmente extraña en nuestro país. Es una edición universitaria, de corta tirada y no excesivo coste, encaminada a la difusión científica de una documentación de máximo interés; en nuestro caso el informe-memoria que da título al presente trabajo, en el que se hace relación a la situación y gestiones realizadas por el que fue capitán general del Archipiélago, Domingo Moriones.

El libro pretende, en primer lugar, difundir una documentación y dar una [193] introducción a su estudio, facilitar diversos datos fundamentales para su correcto análisis por los investigadores que posteriormente hayan de emplearlo en sus trabajos. Consta de tres grandes apartados: un primer bloque en el que se presenta una serie de información complementaria, que facilite la lectura del texto (I. Origen del manuscrito; II. Notas biográficas sobre don Domingo Moriones, marqués de Oroquieta; III. Situación de Filipinas de la década de 1870); para en la segunda parte hacer una Descripción del Documento (capítulo IV); finalizando el trabajo con la transcripción íntegra de la citada memoria.

Sin ser un trabajo de grandes pretensiones, ni de carácter bibliófilo o historiográfico, cumple sobradamente la misión para la que el profesor Paniagua lo diseñó: la difusión científica de una documentación determinada. La «Memoria reservada...» resulta una notable iniciativa que otras universidades, archivos, centros de investigación deberían adoptar para dar a conocer algunos documentos concretos que por su importancia e interés deberían ser de un relativo fácil acceso a los investigadores, sin necesidad de consultar los fondos archivísticos directamente -sobre todo en un país como el nuestro que carece de colecciones documentales de importancia-, que además con el modelo de trabajo presentado en esta reseña se facilita no sólo su conocimiento, sino su posterior comprensión y análisis.

LUIS EUGENIO TOGORES

MARÍN, Fermín: *El Japón Tokugawa*, Historia 16, Madrid 1991, Cuadernos de Historia 16, n.º 250, 40 págs.

El Japón Tokugawa abarca un período de más de dos siglos, de 1600 a 1868, es decir, hasta la Revolución Meiji. En este Cuaderno el autor sintetiza la historia de esta etapa tan compleja de la historia japonesa, a la que se considera habitualmente como «conservadora». El primer Tokugawa pone fin al «período de las guerras», unifica el país y refuerza los vínculos feudales que unían al shogun con los daimyo. Estos dos siglos se caracterizan por el aislamiento en todos los campos y la pervivencia del feudalismo, pero al mismo tiempo ve cómo aumenta la presencia europea en Japón. El país queda «congelado», lo que tendrá repercusiones negativas sobre el futuro.

Marín describe la estructura del Estado Tokugawa, la administración, la economía, la sociedad, la religión, la cultura y cómo se llega a la crisis del «modelo» y al fin del período.

Completan el Cuaderno una cronología, una bibliografía y una antología de textos sobre la época.

C. A. CARANCI

DE LA TORRE, Rosario y LANGA LAORGA, Alicia: *Japón: de los Meiji a hoy*, Historia 16, Madrid 1991, Cuadernos de Historia 16, n.º 255, 40 págs.

Este Cuaderno complementa de hecho al dedicado al Japón Tokugawa. En su primera parte, De la Torre describe el período inicial de la historia contemporánea de Japón, el surgido con la Revolución Meiji de 1868, y que se prolonga hasta 1912. [194]

Es un período que ve surgir a Japón como gran potencia, competidora de las europeas y asiáticas, y que, en cierto modo, es como una reacción a la presión europea y norteamericana a su injerencia en los asuntos japoneses, y a la constatación de la debilidad del país y del atraso relativo respecto a los occidentales. Pone fin al período conservador Tokugawa y abre al Japón al mundo. La Revolución Meiji es obra del emperador y de una exigua oligarquía reformista, que va a iniciar la industrialización, desarrollar la economía, modernizar el ejército, reprimir a las fuerzas tradicionalistas, y que va a crear una estructura política más o menos formalmente occidental, parlamentaria, con partidos políticos, una Prensa (no libre), una Constitución (1889), una diplomacia «modernizada» y va a adoptar una política expansiva a costa de los países vecinos, que llevará a guerras con China y Rusia.

La segunda parte, debida a Langa Laorga, se centra en el Japón del siglo XX. Cubre los años anteriores al período Meiji hasta hoy: Primera Guerra Mundial -en la que Japón participa junto a la Entente-, expansión en China y en Manchuria, enfrentamiento económico y diplomático con Estados Unidos, que conducirá a la guerra en 1941-45 y al fin del imperio autoritario japonés. Cubre, finalmente, los años de la posguerra, la democratización del país, el espectacular crecimiento económico, la consolidación política y los primeros pasos del expansionismo renovado de los años 70 a 90.

C. A. CARANCI

SCURR, John: *The Malayan Campaign 1948-60*, Osprey, Londres 1990, Men-at-Arms Series, n.º 132, ilustrac.: M. Chappell, 40 págs.

Este título de la serie Men-at-Arms cubre la campaña de los británicos contra las guerrillas comunistas surgidas al calor de la lucha contra los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, de los cambios políticos y descolonizaciones de la posguerra y de los éxitos de los comunistas en China y otros países, y que aspiraban a poner fin al colonialismo británico e instaurar regímenes de izquierda. La guerra se prolonga desde 1948 a 1960, con intermitencias, y presenta componentes anticoloniales, ideológicos y nacionalistas, y se extiende geográficamente por Malaya y Borneo septentrional británicos, que la potencia colonial quería convertir en un Estado único pero artificial, controlado neocolonialmente (y esto ocurrirá una vez derrotadas las guerrillas, y desviada la amenaza de anexión indonesia).

La guerra fue dura, trajo consigo grandes destrucciones y la muerte de miles de civiles, muchos pertenecientes a etnias minoritarias reclutadas por los británicos, y miles de muertos en combate (casi siete mil guerrilleros, amén de los capturados y rendidos; 615 británicos, incluidos 169 gurjas, 27 australianos y 16 neozelandeses, y 1.475 miembros de la fuerzas armadas y policiales malayas).

La obra se completa, como todas las de la Serie, con fotografías, ilustraciones y láminas en color con los uniformes y armamento de las tropas que participaron en el conflicto.

C. A. CARANCI [195]

RUBIO RECIO, José Manuel: *Pacífico iberoamericano, islas Galápagos y Pascua*, Anaya/Quinto Centenario, Madrid 1988, Biblioteca Iberoamericana, n.º 55, 127 págs.

En este volumen de la Biblioteca Iberoamericana de Anaya se describe la costa americana del Pacífico -excluida, aunque se podía haber incluido, la del noroeste de Estados Unidos y Canadá-. En primer lugar, se hace la historia de esta parte del océano, la de su exploración por los españoles, y la de los posibles viajes precolombinos.

Se describen luego las costas americanas, desde California al sur de Chile, desde el punto de vista geográfico -incluidas las corrientes marinas-, económico -pesca, guano, etc.-, faunístico, etc.

Un capítulo entero se dedica a las islas Galápagos y a su excepcional flora y fauna. Finalmente, otro capítulo se centra en la isla de Pascua, isla polinesia anexionada por Chile, su peculiar historia y sus «misteriosas» esculturas de piedra.

C.A. CARANCI

DE LA TORRE DEL RÍO, Rosario: *Inglaterra y España en 1898*, Eudema Universidad, Madrid 1988, 344 págs.

Fruto de su Tesis Doctoral, y de la reflexión posterior y en continuada investigación en el tema se presenta este trabajo. El cual es, herencia directa de una tradición historiográfica del departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid en el que la citada profesora se encuentra integrada. Herencia que se inaugura con el trabajo del profesor Pabón *El 98, acontecimiento internacional* (1952), se continúa -como ha señalado el profesor Martínez Carreras- con el trabajo del profesor Jover *1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial* (1979), a los que ahora se une el presente título de Rosario de la Torre, el cual nos trae una nueva faceta imprescindible para la comprensión de aquellos sucesos de tanta trascendencia para la España de la Restauración.

El estudio realizado se centra en la actitud mostrada por el Reino Unido a lo largo del conflicto hispano-norteamericano de 1898, en el cual Londres declaró su neutralidad, al tiempo que apoyaba diplomática y logísticamente la agresión estadounidense contra las posesiones ultramarinas de España. Los sucesos de este conflicto se desarrollan en tres grandes escenarios: el antillano, en torno a la Cuba española; el europeo, centrado en las grandes cancillerías, y a los problemas surgidos en torno a Gibraltar; y finalmente el escenario situado en Extremo Oriente, en las posesiones españolas de Filipinas, y los archipiélagos del Pacífico, los cuales son valorados en su importancia en el índice del

libro. Así, tras el prólogo del profesor Jover, nos encontramos un conjunto de nueve capítulos que en primer lugar tratan de crear un marco general, «Marco y objetivos de la política exterior británica», al que siguen un análisis de la situación antes del estallido del conflicto; «Inglaterra y la intervención de las potencias europeas en el conflicto hispano-norteamericano», para entrar en el núcleo principal del trabajo, el análisis de los caracteres que tomó la neutralidad británica durante la guerra; «La declaración de neutralidad británica ante el comienzo de la guerra hispano-norteamericana», «Los comportamientos», «Los comportamientos en el Lejano Oriente», «Las actitudes y las declaraciones», «Inglaterra y la preparación de la Paz», «Gibraltar y el [196] planteamiento del problema de garantías exteriores». Para ya terminar con el capítulo titulado «Valoración española de la neutralidad británica».

En lo referente a Extremo Oriente, en las páginas de este libro se hace una puesta al día de los conocimientos que hasta la actualidad se tienen sobre los sucesos allí acaecidos en 1898. Mostrando cómo en este marco geográfico del 98 se encuentran una serie importante de lagunas, lógicas si consideramos la tradicional desatención por parte de la historiografía española a esta parte del mundo, que resulta inevitable llenar en unos momentos en que se aproxima el primer centenario de estos sucesos, y dentro de un marco de creciente importancia de todo lo referente a la cuenca del Pacífico -en especial en su parte asiática-, interés general de la humanidad del que la sociedad española aun parece seguir marginado. Futuras investigaciones deberán demostrar esa cara oculta del conflicto, su parte asiática, que sin lugar a dudas llevarán a una revisión total de nuestros conocimientos sobre este suceso fundamental para la comprensión de la historia contemporánea de España.

LUIS EUGENIO TOGORES

CARANCI, Carlo A.: *El Imperio portugués*, Historia 16, Madrid 1990, Cuadernos Historia 16 n.º 215, 40 págs.

A principios del siglo XV, Portugal es una realidad política dotada de una base social y económica suficientemente estructurada. En el proceso de formación de las nacionalidades europeas, el occidente peninsular es capaz de presentar para entonces uno de los más acabados modelos existentes sobre el continente. Ahora, su propia realidad geográfica le empujará hasta los primeros planos de la historia universal. Encerrado entre una Castilla siempre temida y despreciada y el Océano Atlántico, Portugal se ve *obligado* a encontrar en este último su espacio de expansión natural.

Todo -tal como afirma el autor de este texto- predispone entonces a Portugal hacia la consecución de las aventuras marítimas. La pujante burguesía comercial impulsa el perfeccionamiento de las técnicas de navegación, que en muy pocos años permitirán a los marinos lusos los viajes de cabotaje por el litoral africano, para pasar luego hasta el extremo oriente asiático y, comenzada la carrera de Indias, establecer puestos de ocupación en las costas del Brasil.

Una verdadera *empresa de titanes*, enmarcada dentro de este deslumbrante y mitificado período de la apertura a la Historia occidental del Hemisferio que ocupa el continente americano. El expansionismo portugués presenta elementos de fuerte contraste con el

castellano, sobre todo en lo que se refiere a la preparación de los métodos y acciones a desarrollar, y de los programas de intervención subsiguientes a la ocupación material de los nuevos territorios. Carlo Caranci consigue en este crucial punto aclarar muchas de las ideas -confusas y en general desconocidas- existentes sobre este aspecto de la historia del país vecino.

Portugal, independientemente de la postración que ha conocido durante siglos, presentaba en los inicios de la Edad Moderna una estructura socioeconómica mucho más perfeccionada que la castellana, solamente comparable a los modelos litorales de la Corona de Aragón, que han sido muchas veces mostrados como únicos en su género en la Península. Inmensos espacios físicos de África y de América, además de estratégicos -y beneficiosos materialmente- enclaves en las costas de Asia fueron escenario de la coordinada y racional acción de Portugal. [197]

Esta breve pero densa obra recorre de forma rigurosa toda esta prolongada trayectoria de cerca de seis siglos de duración. Una secuencia ésta que convierte al Imperio portugués en una de las estructuras de dominación suprarregional más prolongadas de la Historia. Carlo Caranci, gran conocedor de la realidad colonial en todas sus facetas, ha conseguido aquí establecer una notable síntesis de este complejo y rico período, que media entre los años 1415 y 1975, a través de cuatro continentes y tres océanos.

En el estilo directo y lineal que le caracteriza, Caranci entra con brevedad cargada de sugerencias a anotar y valorar todos los elementos presentes en esta formidable aventura de un país tradicionalmente olvidado, y aun menospreciado, por una Europa que mira hacia occidente saltando por encima de él. La realidad africana y sudamericana de hoy es inexplicable sin considerar estos antecedentes previos, tratados aquí con una forma sinóptica, obligada por las limitaciones de espacio, pero solamente posible para un perfecto conocedor de la materia considerada.

A destacar de forma muy especial la selección de textos y documentos referidos a las cuestiones estudiadas en este Cuaderno. Si la finalidad de esta serie es directamente didáctica, en este caso el objetivo queda plenamente conseguido. El autor ha conseguido reunir una breve pero muy ilustrativa selección de materiales, que abarca la práctica totalidad de los puntos observados en su texto. Los mapas y las ilustraciones contribuyen, finalmente, a hacer de este breve Cuaderno un útil instrumento de conocimiento de una realidad -física y temporal- tantas veces ignorada.

JOSÉ MARÍA SOLÉ MARIÑO

HEADRICK, Daniel R.: *Los instrumentos del Imperio*, Alianza, Madrid 1989, Alianza Universidad-Historia, 187 págs.

Frente a las actuales tendencias de la historiografía española, en la que las investigaciones y estudios sobre el siglo XIX se encuentran en franco declive, ante una historia más reciente que sin rubor se puede calificar como «de moda» -la relativa al período 1945-1957-, aparece esta obra como un necesario «balón de oxígeno» para todos aquellos que aún centran sus trabajos en la pasada centuria.

En la actualidad muchos historiadores consideran el imperialismo como el resultado de muchas causas, sus interpretaciones difieren en el peso que asignan a cada una de ellas. El debate sobre el nuevo imperialismo es esencialmente fruto del conflicto en la valoración en la prioridad de las causas. Así, la hipótesis de este libro parece a primera vista un desafío abierto al axioma clásico de la historiografía occidental: la historia es el resultado de la interacción de las decisiones humanas. Aceptando la necesidad por igual de motivos y medios, entonces, el nuevo imperialismo pudo haber resultado de una de las tres siguientes posibilidades: existiendo medios adecuados fueron nuevos motivos los que desencadenaron los hechos; existiendo motivos suficientes, entraron nuevos medios que desencadenaron los hechos; y, finalmente, tanto los medios como los motivos cambiaron, lo que desencadenó los hechos. Sobre la base de la valoración de la historia social de la tecnología, que aspira a la comprensión de las causas, desarrollo y consecuencias de los fenómenos tecnológicos, Headrick formula su hipótesis en torno a la importancia de los cambios tecnológicos que hicieron posible que el imperialismo [198] tuviera lugar, en la medida en que posibilitaron que los motivos diesen lugar a hechos, reforzando así los propios motivos. El nuevo imperialismo no fue resultado de la simple superioridad, sino de la posibilidad de liberar una fuerza aplastante con costes mínimos.

El libro centra su marco temporal en el período inicial de la expansión imperialista. El autor formula tres etapas: la primera, de penetración y exploración, «Los barcos de vapor y la quinina, herramientas de penetración»; la segunda, la de la conquista y dominación de las poblaciones, «Armas y conquistas»; la tercera, antes de que los territorios ultramarinos se constituyan en ricas colonias bien asentadas, se centra en la necesidad de establecer una red de transportes y comunicaciones que unan las posesiones ultramarinas con sus metrópolis, «La revolución de las comunicaciones». En la fase de penetración, los barcos de vapor y la quinina se presentan como las nuevas tecnologías claves. En la segunda, se hace mención de las armas modernas -rifles de repetición, municiones, ametralladoras...-, y en el período final consolidación y comienzos de la explotación, conformado mediante la creación de las líneas regulares de vapores, los cables telegráficos submarinos, el Canal de Suez y los ferrocarriles coloniales. En estos factores se centra la presente obra.

La aparición de la obra de este historiador británico, impresa por primera vez en Oxford en 1981, nos muestra la vigencia y progreso que las investigaciones sobre el pasado siglo tienen en la actualidad, presentando un vigor historiográfico que hace posible que autores ya clásicos como Hobson, Fieldhouse, Brunschwig, Cameron o Langer se encuentren en la actualidad en vías de ser superados. El libro de Headrick servirá de guía y aliento para todos aquellos que, aún en la actualidad, piensen que los sucesos comprendidos entre la Revolución francesa y la Gran Guerra son un campo de investigación y trabajo repleto de preguntas todavía sin contestar.

LUIS EUGENIO TOGORES

CROSBY, Alfred W.: *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*, Crítica, Barcelona, Crítica/Historia y Teoría, 1988, 350 págs.

Un nuevo trabajo sobre el «imperialismo» se viene a unir a la bibliografía que sobre este gran tema se puede encontrar en la historiografía hasta ahora traducida a la lengua castellana. El profesor Crosby de la Universidad de Austin (Tejas) nos presenta un nuevo y renovador enfoque sobre el éxito de los europeos en su proyección exterior -colonial e imperialista-, mostrando una nueva perspectiva para el estudio total del fenómeno «expansión europea» en la historia en general, y en la contemporánea de manera más concreta.

Hombres de ascendencia europea integran hoy la mayor parte de los núcleos de población que ocupan muchas de las zonas templadas del planeta. Trabajos habituales de consulta en nuestras universidades como los de Fieldhouse, Langer... analizan las causas económicas, políticas y militares de este fenómeno. Otros, aún poco difundidos, como el de Daniel R. Headrick -*Los instrumentos del Imperio*- hacen especial hincapié en la importancia del progreso de la tecnología industrial como factor clave para el avance en la dominación imperialista europea. Crosby se une a éstos analizando las razones biológicas que permitieron [199] y consolidaron las conquistas europeas en ultramar, haciendo posible el nacimiento de las «Nuevas Europas».

Analizando la vertiente biológica de esta expansión, Crosby muestra cómo los europeos se adueñaron de las zonas templadas del planeta con suma facilidad gracias al rápido triunfo alcanzado, de forma paralela al éxito de los humanos por animales, plantas y gérmenes que les acompañaron en su proceso de expansión y conquista.

Los europeos se beneficiaron del «éxito» de sus enfermedades en diezmar las poblaciones nativas carentes de defensas inmunitarias; de la rápida expansión de sus animales -cerdo, oveja, caballo, ganado vacuno- y de su total adaptación al nuevo medio; así como del asentamiento de sus cultivos, que permitieron recrear buena parte de su antiguo medio de vida, al tiempo que rompía la biota existente en aquellas tierras donde llegaban los colonizadores europeos, alterando así los modos de vida y las pautas culturales de los pueblos nativos, haciéndoles más vulnerables a la penetración del hombre blanco.

Sobre esta hipótesis de trabajo -¿el triunfo del imperialismo europeo tiene un componente biológico, un factor ecológico?- se construye este renovador y sugerente trabajo.

Estructurado en doce capítulos, nos encontramos que de forma aparentemente desordenada éstos se agrupan básicamente en los siguientes grupos temáticos.

En los capítulos 1 y 2 (Prólogo: Visitando de nuevo Pangea. El neolítico reconsiderado) se formula la hipótesis de trabajo, pasándose a hacer una breve introducción que nos remonta al inicio de los tiempos y la deriva de los continentes encaminada a explicar la diversidad de biotas (unión de especies animales y vegetales dentro de un modelo climático definido) existentes en la Tierra antes de la expansión europea.

En los capítulos 3, 4 y 10 (Los normandos y los cruzados; Las Islas Afortunadas; Nueva Zelanda) hace un pormenorizado análisis de distintos intentos de creación de colonias de poblamiento europeas en diferentes zonas geográficas y momentos temporales, unas cerradas con el fracaso y otras con el más rotundo éxito, que mediante la comparación

permiten la formulación de un marco referencial sobre los factores determinantes que coadyuvan al establecimiento exitoso de una «Nueva Europa».

Será en los capítulos 5 y 6 (Los vientos; Accesible pero indómito) donde centre los factores tecnológicos y biológicos que han permitido que sean los europeos y no otras culturas las que se han extendido y colonizado todo el planeta.

Como cuarto punto a tratar, capítulos 7, 8 y 9 (Las malas hierbas; Los animales; Las enfermedades) analiza los aliados que los europeos llevan en su expansión y cómo estos colaboraron tanto en vencer la resistencia de los nativos y de la propia naturaleza, como a construir una nueva biota aceptablemente semejante a la que los colonizadores blancos habían dejado en sus países de origen.

Finalmente, será en los capítulos titulados Explicaciones, número 11, y Conclusiones, 12, en las que se sintetice todo lo anteriormente expuesto: «El éxito de la biota mixta y de su miembro dominante, el hombre europeo, fue fruto del esfuerzo en equipo protagonizado por organismos que habían evolucionado en conflicto y cooperación desde hacía mucho tiempo. El período en el que se produjo esta evolución conjunta, de la mayor importancia para el éxito en ultramar de esta biota con velas y ruedas, transcurrió durante y después del Neolítico del Viejo Mundo, una revolución de multitud de espectros, cuyas repercusiones aún sacuden la biosfera.»

Analizando la expansión del hombre en América y Australasia, Crosby llega a [200] la siguiente secuencia; llegada -en un primer estadio- de amerindios, aborígenes, australianos y maoríes que habrían ocupado inicialmente los territorios despejándolos para la segunda gran oleada. Esta segunda oleada, netamente europea, se compondría de dos fases: una inicial compuesta por los primeros exploradores y restringidos grupos colonizadores que llegaron con las armas en la mano, realizando su acción colonizadora entre grandes luchas y sometidos a duras condiciones; para ser seguidos de una afluencia masiva -gracias al buque de vapor- de 50 millones de europeos a estas nuevas Europas ya parcialmente domesticadas por sus predecesores, los cuales, gracias a gérmenes, plantas y animales pronto sometieron y adaptaron las biotas primarias a sus necesidades para así crear las «Nuevas Europas» existentes en la actualidad.

El trabajo de Crosby es una nueva prueba de los diferentes enfoques e hipótesis de partida que aún necesita la historiografía para desentrañar la explicación de la evolución del hombre en la Tierra. Siendo al tiempo una muestra viva de cómo la historia de la pasada centuria sigue siendo motivo de atracción para muchos historiadores -en unos momentos en que las investigaciones y trabajos han caído, aparentemente, en desgracia en las actuales líneas de investigación de la historiografía europea-, permitiendo trabajos que asombran por su lucidez, frescura y novedad de planteamientos.

LUIS EUGENIO TOGORES

LUCENA SALMORAL, Manuel: *La flota de Indias*, Historia 16, Madrid 1990, Cuadernos de Historia 16, n.º 214, 40 págs.

«Las flotas de Indias fueron el mecanismo de funcionamiento del monopolio comercial español en América». Así describe el autor lo que constituyó uno de los pilares de la economía colonial española durante más de dos siglos (1561-1778) y lo que permitió conectar la metrópoli a América a través del Atlántico, y a Filipinas a través del Pacífico, cubriendo enormes distancias y vastísimas regiones, transportando mercancías de todo tipo -muchas de gran valor- y relacionando política y culturalmente a tres continentes y dos océanos.

A partir del siglo XVII las flotas de Indias decaen y se suprimen en el XVIII. El autor describe además su organización, los barcos que las componían, los cargamentos, las travesías, el tornaviaje, etc. Una pequeña antología de textos de la época completa esta breve obra.

C. A. CARANCI

MARÍN, Fermín: *Los últimos descubrimientos*, Historia 16, Madrid 1991, Cuadernos, n.º 263, 40 págs.

Los «últimos descubrimientos», es decir, los que quedan fuera cronológicamente de la gran avalancha de viajes de exploración de los siglos XV y XVI, es decir, los que los europeos llevan a cabo en los siglos XVII y XVIII.

Los europeos -explica Marín- habían penetrado ya en buena parte de América, en parte de África y Asia, y habían cruzado el Pacífico. Ahora, a partir del siglo XVII, van a primar las relaciones coloniales, los intentos de control de mercados y centros de producción de materias primas, la ocupación de enclaves, puertos [201] y territorios que aseguren los monopolios comerciales -importantes serán las compañías comerciales-.

Pero también van a seguir siendo importantes los intereses religiosos y la investigación científica -se crearán compañías y asociaciones dedicadas al estudio de las nuevas tierras y pueblos-.

A partir de ahora Europa, concretamente algunas de sus potencias más sólidas o dinámicas, van a ir envolviendo al mundo en sus redes imperiales -y a competir duramente entre sí-, lo que servirá de base al imperialismo del siglo XIX. Entre el siglo XVII y fines del XVIII-principios del XIX los europeos penetran en el interior de América del Norte y del Sur, conocen mejor la costa africana y algunas regiones subsaharianas, penetran en el Asia continental y en el subcontinente indio -franceses y británicos se establecen en él-, y cruzan sistemáticamente el Pacífico, tocan Australia y se establecen en ella, y recorren los mares árticos y antárticos.

C. A. CARANCI

NOGUEIRA, Fernando: *Os grandes descobrimentos portugueses e a expansão mundial da Europa*, Verbo, Lisboa 1990, 174 págs.

Resultado de la continua tarea de documentadas investigaciones históricas realizadas por el profesor F. Nogueira a lo largo de su vida universitaria y científica es este libro que se presenta como un sólido trabajo de síntesis y de alta divulgación. Como indica el Dr. José H. Saraiva en el Prefacio del mismo, las expresiones «descubrimiento» o «expansión» designan un conjunto de hechos de naturaleza muy diversa que van desde actividades marítimas puramente mercantiles y expediciones de carácter militar a la conquista de islas y tierras, exploraciones y empresas colonizadoras, innovaciones en el arte de navegar y en la técnica de la construcción naval, así como acuerdos y tratados diplomáticos, junto con el recorrido y conocimiento geográfico de continentes y océanos, de África a Asia, y del Atlántico al Pacífico, desde el siglo XV hasta el XIX.

Así, el complejo de realizaciones y procesos conocido como los descubrimientos fue objetivamente importante no sólo desde el punto de vista de sus consecuencias en la evolución histórica portuguesa, sino también en el campo más general de la historia de la proyección de la civilización europea sobre el resto del mundo. De esta forma, Portugal, en nombre de Europa, influyó sobre el curso general de la historia de las relaciones entre Occidente y Oriente.

El libro se compone de IX capítulos a través de los cuales se hace una elaborada, completa y ordenada exposición de la expansión portuguesa y europea sobre el resto del mundo, del Atlántico al Pacífico, por África, Asia y América. Se inicia el trabajo con una Introducción sobre la expansión mundial de Europa en los siglos XV y XVI, y el mundo conocido a comienzos del siglo XV, para continuar con la narración de los grandes descubrimientos portugueses desde la acción del infante Don Enrique, y los posteriores a su muerte; así, Don Juan II y el camino hacia la India, la llegada al Océano Índico y la vía hacia Extremo Oriente, el conocimiento de China y de Japón, y el acceso al Océano Pacífico, a los que se unen los realizados por otros países europeos en esta misma época y sobre estos mismos espacios.

Se incluyen seguidamente los grandes viajes por tierras de África, Asia y América, y también la planificación, la ciencia y la técnica de los descubrimientos: la [202] náutica y sus instrumentos, los navíos, las rutas y las cartas, así como sus relaciones con la ciencia moderna: la práctica del método científico, los tratadistas, y la investigación y su aplicación tecnológica. Se estudia la organización de los «mundos» portugueses, desde Brasil al Océano Índico y Extremo Oriente; y se analizan las causas de la expansión marítima: geográficas, económicas, ideológicas, políticas, humanas y sociales.

Por último, se exponen las consecuencias de los descubrimientos portugueses y europeos, entre las que destacan el desenvolvimiento de la ciencia náutica y su difusión, el progreso de la ciencia geográfica, los nuevos conocimientos en las ciencias naturales, las repercusiones económicas, las aportaciones espirituales y socioculturales, los nuevos intereses mundiales y su trascendencia para la historia de los siglos modernos.

El libro contiene, en sus páginas finales, una extensa bibliografía.

JOSÉ U. MARTÍNEZ CARRERAS

BATESON, Gregory: *Naven*, Júcar, Madrid 1990, Júcar Universidad, n.º 23, trad. de R. M. Castellote; 377 págs.

Gregory Bateson (1904-1980), antropólogo estadounidense, pasó varios años, entre 1927 y 1933, en la entonces Nueva Guinea británica, en compañía de su mujer, la no menos (e incluso más) famosa Margaret Mead. Fruto de esa estancia, entre otros, es *Naven*.

Naven es un clásico de la literatura antropológica, tardíamente traducido en España. Hoy quizá haya perdido un poco de su halo, incluso morboso, de novedad, pero ha acabado ganando en consistencia científica, por sus elementos «precursores» y su actitud antirretórica y dubitativa, por su intento de rigurosidad, su crítica constante del techo epistemológico del propio antropólogo... todo ello contrario a la tradición malinowskiana y radcliffebrowniana, y fuera de los intereses y de las modas científicas de la época.

Bateson, además, fue el introductor de lo que en esos años era una novedad en los estudios antropológicos de campo: la fotografía y, sobre todo, el cine. Hizo además aportaciones conceptuales de relieve, en el ámbito de la psicología antropológica y de las relaciones individuo-cultura: fue el popularizador del término *ethos*, en el sentido de estandarización cultural de instintos y emociones, y de los estudios sobre este concepto. Estudió la personalidad desde una perspectiva antropológica y las alteraciones patológicas de aquélla a causa de los factores culturales, lo que fue entonces una novedad. Estableció el concepto de *cismogénesis* (o formación de fracciones en el seno de un grupo humano, según, en términos generales, distintas formas de interpretar el mundo, o a causa de la influencia de los procesos de cambio cultural, o de aculturación, etc.) y el de *eidos*, relacionado con los aspectos cognitivos de la personalidad individual, con el pensamiento.

Posteriormente, Bateson se centrará en lo que llamó «ecología de la mente», considerando la mente de cada individuo como un sistema que reacciona en relación con otros.

Volviendo a *Naven*, se trata de un estudio sobre los iatmul, etnia de la región del río Sepik medio, en la actual Papúa-Nueva Guinea. Concretamente, Bateson estudia el ritual llamado *naven*.

Este ritual consistía en una ceremonia destinada a felicitar a los miembros de [203] la comunidad que habían conseguido algún tipo de éxito social en algún campo. En ella, entre otras cosas, se invertían temporalmente ciertas reglas sociales, por ejemplo la diferenciación entre los sexos, normalmente muy acentuada, representándose en el ritual comportamientos que podrían considerarse transvestistas u homosexuales.

A partir del ritual *naven* Bateson estudia la sociedad iatmul, su organización, su etnoideología, la relación hombre/mujer, las diferencias sociales por el sexo, la actitud ante la muerte, la competición social, la cismogénesis, el *eidos*. El ritual del *naven* reproduce el *ethos* social y, en particular, la diferenciación sexual... Bateson lleva a cabo una «construcción muy elaborada y compleja, no exenta, como reconoce él mismo, de errores e interpretaciones precipitadas, de la sociedad iatmul, construcción que a veces ha sido criticada, en particular hoy, por los propios habitantes de Sepik, y que en

general ha sido considerada algo alejada de la realidad. Bateson da siempre la impresión, como subraya el prologuista, el antropólogo Joseba Zulaika, de que no le interesa demasiado los iatmul y sí, más bien, demostrar empíricamente sus intuiciones y teorías. ¿Será verdad, como se ha dicho alguna vez, con cierto sarcasmo, que cuando se termina la lectura de un estudio antropológico no se sabe mucho más de lo que se sabía sobre el grupo humano estudiado, e incluso menos?

C. A. CARANCI

DRIVER, Marjorie: *An account of the island of the Ladrones*, *The Journal of Pacific History*, vol. 26, n.º 1, 1991. 20 págs.

La profesora Marjorie G. Driver, directora del Departamento de Documentos Españoles del Micronesian Area Research Center de la Universidad de Guam, ha publicado la transcripción y traducción al inglés de la «Relación de las islas de los Ladrones». Este relato es una parte del manuscrito encontrado por el profesor Charles R. Boxer, renombrado historiador y orientalista, en Londres en 1947. El manuscrito, conocido ahora como el Códice Boxer, sobrevivió milagrosamente a los bombardeos alemanes sobre Londres durante la Segunda Guerra Mundial. Contiene unas 300 páginas manuscritas con 75 grabados en color de habitantes de Filipinas, Molucas, Nueva Guinea, Formosa, Camboya, Brunei, Siam, China, Japón y otros territorios.

Los primeros folios del manuscrito contienen una breve descripción de los sucesos ocurridos a la llegada de un galeón a las Ladrones, ahora islas Marianas, en su ruta entre Acapulco y Manila. Los grabados nos muestran a los habitantes, en pequeñas embarcaciones, intercambiando sus productos alimenticios por el hierro que les facilitan desde el galeón.

El profesor Boxer relata que dos barcos hicieron la carrera entre Acapulco y Manila en 1590, precisamente la fecha que lleva la «Relación», la capitana Santiago y su buque escolta. A bordo de la capitana iban el nuevo gobernador de Filipinas Gómez Pérez Dasmariñas y su hijo Luis. Boxer cree que el galeón que figura en el grabado era el Santiago y que bien el Gobernador o su hijo escribieron el manuscrito u ordenaron redactarlo.

El relato que transcribe la profesora Driver es muy interesante y completo; la situación geográfica del archipiélago; el suministro de agua a los galeones por parte de los habitantes; el tipo de embarcaciones que usaban; sus armas; aspecto [204] físico y comportamiento, etc... El trabajo va acompañado de notas, a pie de página, para aclarar algunas palabras y conceptos de difícil interpretación para los lectores de habla inglesa.

Este artículo es una prueba más de la gran labor que, desde hace años, lleva a cabo su autora, verdadera autoridad en las materias relacionadas con la presencia hispana en el Pacífico hasta 1899.

JOSÉ LUIS PORRAS

ORTIZ DE ARMENGOL, Pedro: *Topografía de la ciudad de Manila*, Madrid 1991, 10 páginas + grabado aparte.

El autor nos relata que «ésta es una visión de la vieja Manila, tal como eran su recinto amurallado y sus alrededores en los primeros años del siglo XVIII, según el admirable trabajo del piloto y cartógrafo canario don Antonio Fernández de Roxas, quien la delineó por los años 1714 a 1720».

Manila era entonces la más importante ciudad «europea» de Asia. Desde su fundación por Miguel López de Legazpi el 24 de junio de 1571, tuvo desde sus comienzos una personalidad y unas características completamente distintas a las de su entorno. Además, ni los asentamientos portugueses ni los holandeses, ni más tarde los ingleses y franceses, tuvieron importancia como nuevas formas urbanas europeas introducidas en el mundo asiático. Manila, sin embargo, fue una de las espléndidas urbes hispanas de las tierras ultramarinas. La ciudad fue el centro espiritual, cultural y comercial de una vasta red que fue extendiéndose hasta los archipiélagos malayo-musulmanes del sur, los de la Polinesia por el este, Taiwan, el Sudeste Asiático, China y Japón hasta 1650.

Punto esencial para su desarrollo y mantenimiento fue el tráfico con Acapulco: el famosísimo «galeón de Manila», llamado también «la nao de Acapulco» o «nao de la China», la línea marítima regular más larga y antigua del mundo, que convirtió a la capital filipina en un verdadero emporio comercial, cuya influencia económica en el área asiática tuvo importancia decisiva. Precisamente el flujo de la plata mexicana alteró sensiblemente la estructura monetaria de China.

Todo el esplendor de Manila figura en el dibujo de Fernández de Roxas, Ortiz de Armengol nos presenta «una versión animada de la interesante obra dieciochesca, pues es una copia exacta, una 'puesta en limpio', del dibujo original». Con el fin de aclarar y precisar sus contornos, destacando los elementos que componen la espléndida panorámica, los dibujantes Cristina y Andrés Ortiz Molina han realizado un esmerado trabajo dándole mayor nitidez y añadiendo un leve fondo de color con el que todo resalta de manera admirable.

En el folleto o librito que acompaña el dibujo, Ortiz de Armengol explica todas las circunstancias históricas que rodearon al famoso trabajo de Fernández de Roxas; cómo fue grabado -«esculpido», se decía entonces- por fray Hipólito Jiménez, de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios; una pequeña biografía de Fernández de Roxas; el método de trabajo que se siguió; las vicisitudes que sufrió el dibujo; los motivos por los que se hizo: el robo efectuado por el almirante Draper durante la ocupación inglesa de Filipinas en 1762; y, finalmente, su destino actual en la Sección Cartográfica del British Museum de Londres, junto con otros mapas y grabados antiguos de Filipinas. [205]

En fin, una vez más, Ortiz de Armengol nos deleita con otra obra sobre Filipinas, en este caso con un homenaje al esforzado navegante, cosmógrafo, ingeniero y dibujante, que fuera don Antonio Fernández de Roxas.

JOSÉ LUIS PORRAS

RUIZ DE MEDINA, Juan: *Documentos del Japón 1547-1557*, Monumenta Historica Societatis Iesu, volumen 137, Roma 1990, 791 págs.

En el Prólogo, el autor nos aclara que en 1968 el Instituto Histórico de la Compañía de Jesús (IHSI) de Roma publicó la magistral *Introductio ad Historiam Societatis Jesu in Japonia 1549-1650* del Dr. Josef F. Schütte S.J., instrumento imprescindible de consulta para estudiar el *siglo cristiano* de la historia de Japón. Aunque está catalogada fuera de serie, *Introductio* es en realidad una obra que debe anteponerse a toda la serie de los *Monumenta Historia Japoniae* (MHJ), pues los datos geográficos, históricos y biográficos que proporciona, con un margen mínimo de error, hacen imprescindible su consulta para todo estudioso de los orígenes de cada iglesia local del Japón en los siglos XVI y XVII.

En 1975 apareció otro magnífico estudio del profesor Schütte: el volumen I de la serie MHJ, con el subtítulo de *Textos Calalogarum Japoniae*, en el que publica y analiza los Catálogos y textos análogos de la Compañía de Jesús de Japón, de interesante contenido histórico, conservados desde 1553. Se trata, también, de otro formidable archivo de datos, esencial para elaborar trabajos sobre los jesuitas, otros religiosos y figuras políticas japonesas o relacionadas con Japón desde 1547 hasta 1650.

El volumen que comentamos MHJ II ofrece en edición crítica la serie completa de textos relativos a la cristiandad japonesa escritos en la década de 1547 a 1557. Se incluyen los referentes a Japón, aunque fuesen redactados en Malaca, India, o en las islas de Sanshoan (donde murió San Francisco Javier) y Lampacao frente a Cantón, y que se encuentran dispersos en otras colecciones de Monumenta Historica Societatis Iesu.

El autor presenta los documentos en su forma original, lo cual es muy útil para conocerlos directamente, sin tener que recurrir a las ediciones antiguas, por ejemplo las *Cartas* de Coimbra (1565 y 1570), las de Alcalá de Henares (1575), y en especial las de Évora (1598), edición preferida hasta ahora por los autores como fuente prioritaria.

En la Introducción, Ruiz de Medina presenta una perspectiva histórica del Japón en el siglo XVI. Se relatan los primeros contactos con los europeos cuando en 1542 un junco sin timón llevó a dos comerciantes portugueses a Okinawa. El 23 de septiembre de 1543 llegó la primera nave a la isla de Tanegashima. Siguió varios viajes más, entre ellos el del español Pedro Díez en 1544, hasta que el 15 de agosto de 1549 pisaron tierra japonesa los primeros misioneros, los tres jesuitas españoles Francisco de Xavier, Cosme de Torres y Juan Fernández.

Igualmente se nos ofrece la situación política y social del país en aquellos tiempos y unas biografías sintetizadas de los autores de los Documentos y una extensa bibliografía de gran utilidad e interés.

La obra consta de 131 documentos. El primero es la información que da Jorge Álvarez sobre el Japón, escrita en Malaca en 1546-47, y su interés estriba en que es la primera información hecha por un europeo sobre tal país y en haber sido [206] redactada ex

profeso, a petición de Xavier, para que éste fundamentase ante sus superiores de Roma y ante sus compañeros de la India su decisión de ir al Japón.

Cada documento lleva: introducción; fuentes; autores y ediciones; traducciones; sumario; texto. Pero un aspecto importantísimo de esta obra lo constituye las notas a pie de página que forman realmente, en su conjunto, un verdadero tratado geográfico, biográfico, histórico, bibliográfico, antropológico, sociológico, lingüístico, etc., en las que el autor ha vertido sus amplios conocimientos y sus muchos años de experiencia en el Imperio del Sol Naciente.

Aparte de un completo índice de materias, el libro se completa con cuatro Apéndices: la oración por la conversión de los gentiles compuesta por Francisco de Xavier en la India, en 1548; la Relación sobre Japón de García de Escalante Alvarado, navegante español en la flota de Ruy López de Villalobos en el viaje realizado de 1542 a 1546; comentarios sobre la institución de los *dojuku*, jóvenes que tuvieron una gran importancia en la expansión apostólica y en el cuidado pastoral de las comunidades cristianas en el Japón y en otros países; y, finalmente, un Glosario de términos orientales, con normas para la pronunciación japonesa.

Espléndido el trabajo de Ruiz de Medina, fundamental, desde ahora, para el estudio del comienzo de las relaciones entre Occidente y el legendario Cipango.

JOSÉ LUIS PORRAS

DE OTEIZA, Antonio: *Las islas Galápagos y el hombre*, Ediciones Tierra de Fuego, Madrid 1991, 228 págs.

Este libro narra un viaje por las islas Galápagos. A lo largo de un itinerario sin orden - pero no desordenado-, el autor lleva a cabo una descripción minuciosa, hecha con sencillez y lenguaje coloquial, alimentada por una gran curiosidad, por el amor a la naturaleza, por la pasión de viajar, por la tranquila admiración ante el descubrimiento de lo nuevo y de lo extraño. Todo ello salpicado por jugosas observaciones ecológicas, zoológicas, sociológicas o históricas, que hacen de este libro de viajes un agradable y sosegado paseo por una de las tierras más extrañas del planeta, todavía paraíso natural, pese al deterioro de las últimas décadas, todavía santuario de iguanas, gigantescas tortugas y aves únicas.

Oteiza hace una breve historia de este archipiélago ecuatoriano, para pasar inmediatamente a iniciar su itinerario, describiendo las islas, sus paisajes, sus gentes, sus personajes pintorescos o famosos, sus plantas y animales. Un buen libro de viajes, pero no precisamente una guía, sino, más bien, un recorrido personal, pero no intransferible.

C. A. CARANCI [207]



MINISTERIO DEL INTERIOR
DIRECCION GENERAL DE POLITICA INTERIOR

Ministerio del Interior
 22 JUN 1989
 Suited 10 617

Con esta fecha se ha dictado por este Ministerio la siguiente resolución:

Vista la solicitud formulada por la "ASOCIACION ESPAÑOLA DE ESTUDIOS DEL PAISAJE" (A.E.E.P.),
 de MADRID para que sea inscrita en los correspondientes Registros Públicos.

RESULTANDO: Que según el artículo 2º de los Estatutos de los fines:
 "a) Ampliar a personas, grupos o instituciones interesadas en el desarrollo de los conocimientos sobre el área del Paisaje, se entiende por tal el título Ordán y sus partes alveadas.- b) Promover el conocimiento del área, tanto geográfico como político, económico, histórico, legislativo, antropológico o de cualquier otra naturaleza científica.- c) Estudiar y dar a conocer los vínculos entre España y los países de la región.- d) Llevar a cabo actividades culturales, científicas, jornadas, cursos, reuniones, etc.) dedicadas a conocer las características de las naciones y pueblos del área.- e) Ampliar el conocimiento de España en el área.- f) Crear, mantener y ampliar un Centro de Documentación sobre asuntos y materias específicas de esta área, abierto a sus miembros y al público en general.- g) Publicar trabajos e investigaciones en el marco de las más variadas disciplinas referentes al área.- h) Establecer vínculos con otras organizaciones, particularmente con las especializadas en la zona, así como con las Universidades y centros de cultura en general. Establecer contactos con las administraciones y cualquier otro tipo de instituciones, tanto nacionales como privadas, nacionales e extranjeras, relacionadas con los fines del Instituto.- i) Realizar estudios e trabajos especializados que sean solicitados o la fundación.- j) Coordinar investigaciones, trabajos prácticos y otras actividades de sus miembros, vinculadas con sus fines.- k) Cooperar con la Administración Pública en aquellos fines relacionados con los del Instituto.- l) Servir a la mejora de las relaciones entre los diversos países del área y España, a través de la investigación y los trabajos prácticos, y desarrollar otras actividades relacionadas con los fines de la Asociación.- m) Los demás que figan en los Estatutos de los Registros y las decisiones válidas de los órganos de dirección.- n) Facilitar e incentivar trabajos de investigación y otros."

RESULTANDO: Que el fin del presupuesto anual es de y el ámbito territorial de actuación comprende todo el territorio Nacional.---

[208]

VISTOS: La vigente Constitución Española; la Ley de Asociaciones de 24 de diciembre de 1954; el Decreto de 20 de mayo de 1965; la Orden de 25 de junio del mismo año; la Orden de 26 de septiembre de 1977; y la Ley de Procedimiento Administrativo de 17 de julio de 1958.

CONSIDERANDO: Que con arreglo a las disposiciones citadas, este Ministerio es competente para resolver sobre la procedencia de la inscripción solicitada.

CONSIDERANDO: Que la asociación tiene carácter y estructura organizativa civil y sus fines y medios están señalados con claridad en los Estatutos, y que en éstos y el resto de la documentación presentada no se aprecian los supuestos de los números 2 y 5 del artículo 22 de la Constitución.

Esta Dirección General, por delegación del Excmo. Sr. Ministro, resuelve inscribir a la Entidad denominada "ASOCIACION ESPAÑOLA DE ESTUDIOS DEL PAISAJE" (A.E.E.P.), de Madrid y visar sus Estatutos.

con el número nacional: 56.704

Lo que con devolución de un ejemplar de los Estatutos debidamente visados y Acta Fundacional, traslado a Vd. para su conocimiento.

Madrid, 22 JUN, 1989
 EL JEFE DEL SERVICIO,

 Carlos Martínez Esteban.

D. JOSE LUIS FORNAS CAMUÑEZ.- José Abascal, 63.- MADRID



2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

